ANTOLOGÍA DE POETAS CONTEMPORÁNEOS

M861.4 A634 (P)
Antología de poetas contemporá
7312

M861.4
A634
(P)
Ej. 1 (7312)
Bib. No. 1

ANTOLOGIA DE

POETAS CONTEMPORANEOS

(1910 - 1953)

BIBLIOTECA DE AUTORES POTOSINOS

1

ANTOLOGIA DE
POETAS CONTEMPORANEOS
(1910 - 1953)

Estudio, selección y notas de
JESUS MEDINA ROMERO

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE
SAN LUIS POTOSI
1 9 5 3

M861.1
A634

CENTRO
DE
INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS
DE
SAN LUIS POTOSÍ
A.C.
7312

ARRANCAR del año 1910 para la formación de una antología de poetas potosinos contemporáneos no deja de ser convencional, pues si bien desde ese año los ideales de la Revolución Mexicana abrieron nuevos rumbos a la literatura nacional, sobre todo a la novelística, en cambio en la poética no han logrado hasta ahora un movimiento digno de consideración. El motivo por el cual se parte del 10 en esta antología obedece a que una vez realizada la obra de Francisco González Bocanegra (1824-1861), que culmina con las marciales estrofas de nuestro himno patrio, y la de Manuel José Othón (1858-1906), que logra algunos de los más grandes poemas del idioma, el paisaje lírico de San Luis cambia y se integra en el medio siglo con las corrientes del postmodernismo y las aportaciones de las estéticas actuales, sin que esto quiera decir que en ese tiempo ya no influyan escuelas anteriores, pues todavía, por razones de temperamento y por diferencia de culturas, esas influencias se hacen sentir en algunos poetas que aún escriben.

Se incluye en esta antología no sólo a los nacidos en la entidad, muchos de los cuales residen en la Metrópoli, aunque salieron del terruño plenamente formados, sino también a los poetas potosinos por nacimiento que lograron su formación en otras partes, como Antonio Castro Leal, y a los nacidos fuera de San Luis, pero que por haberse formado aquí nos pertenecen: Edmundo Báez, por ejemplo. En cambio, no creo que nos asista derecho para apropiarnos la obra de Ramón López Velarde —máxima expresión de la escuela mexicana—, quien llegó a San Luis en pleno desarrollo poético y cuyos mejores frutos se dieron en la Capital de la República. Tampoco nos pertenece, por habernos llegado aún más desarrollada, la poesía místico-erótica —más erótica que mística—, de Concha Urquiza, no obstante haber alcanzado sus más altos registros durante los cinco años que la oceánica Concha residió en la Capital Potosina.

Por su prolongada residencia en esta ciudad —treinta y seis años—, el árcade romano Ignacio Montes de Oca y Obregón (1848-1921), nos corresponde; pero, a pesar de su cercanía en el tiempo, no lo incluyo porque considero que su obra poética queda localizada en el movimiento neoclasicista del siglo pasado. Por otra parte, no debe negarse que de todos los aspectos del gran humanista, el menos valioso es el de su propia poesía. También al siglo XIX pertenecen los únicos poemas representativos de la obra de Francisco de Asís Castro (1860-1933), por lo que tampoco se incluyen aquí. Potosino de nacimiento, Castro fué,

nada más por circunstancias cronológicas, el puente local tendido entre Othón y los poetas postmodernistas.

Ante las serias dificultades de agrupar a nuestros poetas por escuelas, ya que la poesía potosina se distingue por la individualidad de sus autores, que aun cuando beban de las mismas fuentes difieren en su obra personal, he preferido tratarlos separadamente, siguiendo el orden cronológico y anotando de paso las principales influencias por ellos recibidas.

Abre esta seleción Jorge Adalberto Vázquez (1886). Frecuentador de los clásicos españoles, de ellos ha heredado la ponderación y el decoro formal, y con estos atributos, lejos ya del sentimentalismo juvenil, elabora una poesía mesurada y correcta. En él, lo mismo que en los poetas de mucha obra, con frecuencia se pierde en intensidad lo que se gana en extensión; pero no se debe negar que algunas veces, entre las líneas impecables de su retórica y en el polígono de su armonía conceptual, se centra el punto de una verdadera emoción:

Clavo los ojos con tenaz mirada
en el confín del horizonte. . . ¡Nada!
¡Sólo la albura que precede al día!

Viene después José Antonio Niño (1887), quien se asoma desde su mirador dieciochesco a los amables retablos de las ciudades pequeñas, cuando no engarza en sonetos de excesiva ornamentación los motivos románticos de su poesía:

En cada luz crepuscular, la yema
el rosa de los pétalos madura
y revienta el botón en un poema.

Ceñido de bucólica verdura,
es el cáliz de nácar el teorema
de toda la rosal nomenclatura.

La estancia en San Luis hacia el cuarto lustro del siglo actual de Salvador Rueda y Francisco Villaespesa, irremediablemente permitió que estos poetas españoles, con su verbosa exuberancia el primero y con su sentimentalismo fácil el segundo, influyesen de cerca en las bohemias populares, que casi siempre han sido refugios del mal gusto y de la irresponsabilidad literarios. De los potosinos de entonces sólo me he decidido a incluir a Luis Castro y López (1889). Parnasiano y romántico, más de una vez descansó a la sombra del roble diazmironiano, pero su espíritu andariego lo ha llevado en peregrinaciones juglarescas diciendo sus estrofas, en las que lucen, con una galantería muy siglo XVIII, las aves y las flores de que el poeta gusta, como el clavel que vió

en las ferias alegres de España
coronando azabaches y oros
entre espuma ideal de champaña.

La poesía de Jesús Zavala (1892), es fresca y luminosa y la mejor parte de ella está ubicada en un paisaje natural donde las cosas tienen cierta novedad de es-

CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS DE SAN LUIS POTOSÍ A.C.

treno. Desde que Enrique González Martínez inició en México la corriente de espiritualismo contra la moda de Rubén Darío —poeta no siempre decorativo y sensual—, los jóvenes de entonces se echaron a buscar el alma de las cosas, aunque pocas veces lograron pasar de la superficie. Zavala participa en esa búsqueda, pero cuando cree que las cosas van a revelarle su secreto, se detiene asombrado, porque la voz que le parece oír fluye del propio espíritu del poeta, como de oculto manantial:

Y cuando ya mi cuerpo se rindió a la fatiga,
sentí que de mi alma brotó la voz amiga
¡y me puse extasiado la canción a escuchar!

Salvador Gallardo (1893), pagó tributo en su juventud al estridentismo; mas, andando el tiempo, convenciόse de lo poco poético de tal escuela y desvió su barca rumbo a las ondas del sentimentalismo, y por ellas navega junto a los litorales de la antigua retórica:

. . . en esta hora ansiada y tan temida,
no sé si dar la vida por tenerte,
o bien tener en ti la nueva vida.

La poesía de Luciano Joublanc Rivas (1896) —concluída, al parecer, poco después de su libro El Alma Trémula, *1917—, es como una red sumergida en los mares del romanticismo, en la que se entretejen algunas hebras de poesía lopezvelardeana. El poeta gusta de los seres y las cosas familiares, y su espíritu, que*

oscila como un péndulo entre el idealismo y la realidad, entre la duda y la fe en el amor trascendente, se ve con frecuencia invadido de una inquietud místico-erótica:

Amiga, yo te he visto
cubierta con la túnica de Cristo
pasar como una bella aparición,
a la vez tan divina y tan humana
que no he sabido si llamarte hermana
o rezar a tus pies una oración.

Antonio Castro Leal (1896), es una voz a la sordina que dice sus escasos, pero finos poemas, en un tono menor de muy buen gusto. Sabio en la poesía de todos los tiempos, es la suya purísimo cristal que transparenta una emoción suavemente desbordada, por cuyo prisma se ven las cosas de la naturaleza tocadas de humanidad y se perciben sus matices como a través de una tenue llovizna traslúcida o de una rumorosa espuma lunar:

Alamo azul de la noche:
tus manos desconsoladas
empañé con mis suspiros;
en esta noche de gasa
y nácares submarinos
tus manos son mi mortaja.

Manuel Ramírez Arriaga (1900), levanta las antenas de sus cinco sentidos para captar las sensaciones que le llegan del mundo exterior. Panteísta a la manera de Nervo, ama las cosas por todo lo que tienen de ama-

ble y, consciente del sentido vital del hombre, se solaza en la inmersión dentro de ellas y adora a quien para él abrió la rosa del mundo:

Cuando converja en tu misterio,
tras el fracaso de mi sér,
y yo te cuente de mi viaje
por el exilio del Edén,
no te diré que mis sentidos
fueron un lastre para el bien,
sino que en ellos y por ellos
yo prosternado te adoré,
y en un color, y en una forma,
y en un perfume te gocé
y en el regazo siempre tibio
de un dulce cuerpo de mujer. . .

Poeta de notable aliento lírico, no suele detonar en arranques declamatorios, sino que vierte su emoción en estrofas de temperada musicalidad, que algunas veces, como en su Semblanza del Padre, *lo conduce a cierta nobleza clásica.*

La obra de Homero Acosta (1901), se distingue por su espontaneidad y valentía. Consciente de que la existencia del hombre acaba en el polvo, e influenciado tal vez por Omar Kayam y Darío, bebe y aconseja beber en los vasos de los sentidos el rojo vino de la vida, y su desesperanza de un futuro más alto lo hace decir:

Que no te engañe nadie con la promesa vana
de la gloria futura:
la gloria es esta vida.

Miguel Alvarez Acosta (1907), suele engastar en la música del verso la imagen audaz y colorida de García Lorca, o hundirse en la contemplación de ese mundo pintoresco de la pequeña burguesía provinciana, que tanto amó López Velarde. Mas la imaginería y el temperamento musical de Alvarez Acosta lo han llevado a servirse de la tiera como de vasto escenario cromático, desde el que las voces de su poesía recorren toda la gama de la orquestación sinfónica:

El hombre terrenal inicia el viaje,
mueve sus licoreras el paisaje,
el tiempo rueda, se aproxima el cielo;

y cuando baja el sueño a su morada,
la flor interminable queda anclada
y un corazón azul levanta el vuelo.

Es de notarse que la abundancia y longitud de sus poemas lo conducen no pocas veces al virtuosismo, y que sus frecuentes asistencias a Juegos Florales han sobrecargado su obra del verbalismo y de la oratoria tan comunes en esos certámenes.

El desmesurado deseo de originalidad en Juan de Alba (1910), hace que su poesía se vuelva desconcertante. Más que su sistema expresivo, que consiste en la

absorción de dos o más palabras en un solo organismo verbal, me parece interesante el mundo surrealista donde se mueve el poeta, y en el que las cosas causan cierta sensación de espanto que hace pensar en la segunda época de Ramón López Velarde:

La luz de la vela dobla
como si fuese campana.
Dobla pianísima lluvia
misteriosamente larga;
y la sangre dobla inquieta
como llamando una llama.

No debe negarse que la obra de Juan de Alba, unas veces extraña, otras irónica y las más absurda, ha marcado una nota personal en nuestro pentagrama poético.

Cercado de las más variadas influencias, Guilebaldo Guillén Zapata (1913), no descubre todavía su individualidad. Sus mejores páginas son las que hacen rememorar a Othón, y sobre todo aquel bello soneto de corte conceptista, donde aletea una angustia desoladora:

... ante el temor insano de perderte,
pudiérase decir que yo he vivido
en íntimo contacto con la muerte.

Pedro Rodríguez Zertuche (1913), construye figuras de una original geometría poética o deja oír su voz en disonancias que muy bien se acoplan con su constante incertidumbre y con su creciente soledad:

Tan solo, tan solo . . .
yo me voy quedando,
que en mis litorales
la angustia se baña
desnuda y sombría.

El espíritu de Edmundo Báez (1913), se posa como ave sobre el olmo nobilísimo y siempre verde de los maestros españoles del XVI y desde ahí se eleva, en un vuelo de siglos, hasta encontrar el jardín interior del superrealismo, donde las cosas cobran una hermosura ideal que las desliga de su exterior naturaleza:

Dentro, muy dentro,
donde se han recluído violetas y lirios
perseguidos por las sombras de la noche,
donde el alba es una ave que viaja en largos trineos
y el sueño es un jardín de nieve y de silencio. . .

Con las influencias clásicas plenamente asimiladas y las aportaciones modernas, Báez logra páginas de línea impecable, en las que aúna concepto y emoción.

Es raro que en lo más valioso de la poesía de Moisés Montes (1913), a pesar de su origen eclesiástico, no flote esa penumbra ni ese polvo con olor a sacristía, tan comunes en los sacerdotes poetas de hoy, sino que allí esplende una alegría pagana, que a veces hasta se antoja dionisíaca:

Las sartas de amatistas
brillaron en los brazos de las ramas
para el baile de otoño;
trigo en trigales, uvas en las parras. . .

Sobre la arena de su poesía —oriental y occidental—, posa su pie la gracia bíblica, llueve la luz del jaikai o corre el agua de Tagore, cuando esa arena no sube por el viento en espirales garcialorquinas.

Luis Noyola Vázquez (1916), es dueño de un espíritu inquieto y vivaz. Buscador de neologismos, que ensaya con acierto, también gusta de hacer excursiones retrospectivas al conceptismo, del que toma el andamiaje para la construcción de sus poemas. Sorprende el hecho de que este poeta, no obstante su gran inquietud, cumpla su cometido de una manera equilibrada y a veces hasta cerebral, que, sin embargo, no endurece el acento de su voz:

Retornaré a las horas iniciales,
y en rápida vivencia del pasado,
disuelta sangre y concentradas sales

me dejarán su gusto acibarado:
sal del bautismo, sal de lacrimales,
acíbar de lo visto y lo pensado.

Por el soneto que de él se incluye en esta antología, del que son los tercetos transcritos, no veo la razón de considerar las Dos Décimas de Ausencia *como el mejor de sus poemas.*

Manuel Calvillo (1918), es autor de una obra completamente nueva, elaborada con las mejores esencias actuales. Su retina poética es como una pantalla donde se proyecta el paisaje tropical de Carlos Pellicer, y su raíz de hombre se siente a veces sacudida por las conmociones telúricas de Pablo Neruda. Vertical sobre el mundo, cumple en él su destino gustando de encerrar su emoción en un deliberado hermetismo poético, si es que no se le escapa por el hilo musical de la voz y nos llega saltando por el tiempo florecido de imágenes:

Mas yo sigo en la tierra
a su desnudo amparo sometido,
cumpliendo esta alegría de esperarte,
¿como el otoño al trigo, inútilmente?

Como un girasol abierto en el existencialismo es la poesía de José Jayme (1918-1949). Mordido por la angustia en plena juventud, se ve asediado a cada instante por la muerte , y no la puramente funcional, sino la muerte orgánica que él siente dentro, desintegrándole los tejidos. Pintor y poeta, recluyóse en una voluntaria separación del mundo, y en ese destierro espiritual plasma su pintura y dice su poesía; mas si en aquélla son frecuentes los temas literarios, en ésta, por fortuna, no lo son los pictóricos, y si acaso se asoman a ella, Jayme los dibuja con un escalofriante sentido poético que da una helada sensación de muerte:

Las casas junto a los templos:
gardenias crucificadas

El sueño de los gusanos
hace redonda la seda

y en el balcón de la noche
la muerte besa al misterio.

*Félix Dauajare Torres (1920), se internó en sus comienzos en la selva del expresionismo, tras la ruta del uruguayo Julio Herrera y Reissig. Absorto ante "la visión herreriana de la naturaleza", que "rebasaba la de los simbolistas", como lo ha hecho notar Guillermo de Torre *, Dauajare recargó su obra de imágenes efectistas; pero, en víspera de pasar aquella experiencia, su lirismo se va depurando hasta lograr que de aquel bagaje decorativo sólo permanezcan los símbolos indispensables para exteriorizar su emoción:*

Sólo dejó en memoria de su fugaz arribo
una lluvia de espigas en mi sedienta mano,
de la reserva intacta de su cabello esquivo.

Tras de asimilar la música y el color de los romances de García Lorca, José Lastras Ramírez (1920-1948), anduvo a la zaga de López Velarde y su ansia de modernidad lo hizo buscar el camino de Pellicer. Más tarde, un amor sin fortuna le dictó unos poemas dolorosos, que su hiperestesia no le dió tiempo de ordenar. Es

* Estudio Preliminar de las *Poesías Completas* de Julio Herrera y Reissig (Buenos Aires, 1942), pág. 33.

extraño que su espíritu ensombrecido no concuerde con la luminosidad de su poesía:

Me extasié con el brillo de sus frutos:
racimos de color cuya primicia
triunfó sobre la diáfana impudicia
de un cielo sin crespones y sin lutos.

Joaquín Antonio Peñalosa (1922), resucita y propaga en San Luis el paralelismo hebreo y da nueva vida a los moldes de la liturgia católica siguiendo las huellas de Paul Claudel, aunque en sus Ejercicios para las Bestezuelas de Dios, *se advierte ya cierto señorío del verso castellano. El alma franciscana de Peñalosa pone en los animales y las cosas de que habla una gracia y una ternura verdaderamente conmovedoras; aquel asnillo pardo de su* Consolación *es heredero, en el cariño del poeta, del amable Platero juanramoniano, y le dicta una de su mejores páginas:*

Dormido en yerba seca, dejádmelo en la yerba
sin epitafio vano, ni entierro de primera.

Que los pájaros verdes que trepaban su cuello
lo miren tan dormido, que lo sigan durmiendo.

María Amparo Dávila (1923), es en la actualidad la única presencia femenina que en nuestro paisaje lírico va dibujándose cada vez más, con perfiles de angustia:

Mírame aquí, frente al mar,
mínima y sola,

rodeada de brisas ensombrecidas
y de espumas rotas...

Conviene advertir que su constante arritmia poética no es en ella el resultado de una experiencia, sino el de su desconocimiento de las formas tradicionales.

Cierra esta selección José C. Rosas Cansino (1926). Ya es dueño de una voz de fina tesitura, la que, aun con nubes ideológicos, comienza a verter en un cauce de mayor libertad artística. El poeta interroga, y acaso en su pregunta está explícita una respuesta:

¿Será que sólo somos
un rumbo entre las horas
por donde pasa leve
la ausencia de las cosas?

De otros poetas es difícil trazar un comentario, ya que no se sabe los rumbos que su obra, todavía incipiente, haya de tomar.

Es claro que en esta antología no figuran todas las personas que en San Luis y desde el 10 han escrito versos. Para la formación de ella se tuvo a la vista y se estudió una extensa bibliografía, facilitada en su mayor parte por Ramón Alcorta Guerrero; mas la excesiva vulgaridad de algunas, la marcada afectación de otras y el sentimentalismo burgués de las demás, me prohibieron incluir páginas suyas. Tampoco está represen-

tada la obra de quienes escriben con un impulso meramente deportivo de la poesía.

¿Tiene la poesía potosina una cualidad distintiva que haga de ella una derivación de la nacional? No creo que la tenga; ni siquiera creo que la necesite. La poesía potosina, como parte integrante de la mexicana, participa de su solidez interior y de su elegancia externa, y como ella conjuga, con clara conciencia de lo exacto, el fino espíritu romántico y la ceñida expresión clásica. Y en ese ajuste de valores, en ese equilibrio entre fondo y forma, radican su emoción de corriente remansada y su sobria belleza crepuscular.

¿Que son múltiples las influencias recibidas por los poetas potosinos? Dice André Gide: "...una influencia no es nunca absolutamente buena o absolutamente mala. Todo depende de quien la recibe". Y añade: "...abundan naturalezas infelices para quienes todo es infortunio y a quienes todo perjudica. Otras existen para las cuales, al contrario, todo es sano alimento", y afirma categórico: "Nadie puede sustraerse a las diversas influencias. El hombre más hermético las recibe". Asimiladas o no las que se anotan en los poetas de esta antología, por lo menos han sido inevitables.*

No sería aventurado afirmar que durante los últimos diez o quince años se ha venido notando en los poetas

* André Gide, *Los Límites del Arte,* Traducción de Jaime Torres Bodet (México, 1920), págs. 45 y sgte.

*españoles e hispanoamericanos jóvenes, un saludable retorno a la coherencia y armonía poéticas, como puede comprobarse en las buenas antologías; pues sin menospreciar las corrientes irracionalistas, conviene adoptar cierta cautela contra ese mal disimulado gongorismo que data de hace un cuarto de siglo. Ya Juan Ramón Jiménez, el año 37, señalaba la urgencia de que la juventud reaccionara "contra tal estado literario intermedio, ampuloso o injenioso o barroco, retorno a nuestro teológico XVII de oquedad, aparato y falsía, mezclado con otro estado de incoherente impulso morboso *, y al hablar de profundidades poéticas cifraba sus preferencias en la profundidad del sentimiento; y mucho antes Antonio Machado, al oponerse a la estética de Rubén Darío, declaró que la poesía debe consistir, ante todo, en "una honda palpitación de espíritu" **.*

He aquí la clave de nuestro destino poético. Meditemos en el ideal de estos dos grandes poetas españoles, y al internarnos en las páginas de la presente antología, nos sorprenderá gratamente el descubrir que en la poesía potosina contemporánea, bullen y alientan esa profundidad del sentimiento y esa honda palpitación espiritual, que no deben abandonarla nunca.

JESUS MEDINA ROMERO

* Prólogo a *La Rama Viva,* de Francisco Giner de los Ríos (México, 1940), pág. 9.

** Antonio Machado, *Obras* (México, 1940), pág. 25.

JORGE ADALBERTO VAZQUEZ

(1886)

LA HIEDRA

Angustia del no saber
lo que permanece oculto,
¡cómo, a las veces, resulto
más ciego que estuve ayer!
En vano, pues, pretender
dedicar toda una vida
a perseguir la escondida
vena que nutre la entraña
mientras la torva guadaña
da la señal de partida.

¡El "más allá"! ¡Quién pudiera
sin descender a la fosa,
descifrar la tenebrosa
verdad que nos desespera!
Echar de dentro hacia afuera
la ansiedad que nos consume;
ahondar en cuanto resume
el secreto de la vida.

y en él dejar diluída
el alma, como un perfume.

Y, después... Si es ilusoria
la paz que tanto anhelamos,
si tras de la muerte vamos
a otra etapa transitoria,
¡qué tormento la memoria;
qué angustia desesperada!:
tras de soñar con la nada
como final del camino,
encontrar con que se vino
a nuestro polvo enlazada!

De "Arriba, Brillaba el Sol..."

ALMA EN EL ALBA

Mis ojos la tiniebla han traspasado
aunque es de noche. Luminosamente
se alarga ante el prodigio, la reciente
ruta que lleva hasta el risueño vado.

Temblor de luna ciérnese en delgado
tamiz de fronda. Dóblase la frente,
pues ya en la sombra aproximarse siente
la Augusta Majestad del Increado.

Una canción de la espesura monta:
vuelto plegaria, el corazón apronta
cuanto su anhelo fervoroso ansía...

Clavo los ojos con tenaz mirada
en el confín del horizonte... ¡nada!
¡Sólo la albura que precede al día!

De "La Sed Inexhausta".

FAUNESCA

La sorprendí vagando por la campiña en fiesta:
un rayo tembloroso de sol la perseguía
calando los tupidos follajes de la umbría
donde buscó refugio de la quemante siesta.

¿Fué Diana, acaso —a lides de amor tan indispuesta—,
que de lascivo fauno la terquedad huía?
¿La náyade turgente, la grácil hamadría
que moran en las aguas que riegan la floresta?

El bosque tras sus pasos cerraba su espesura:
a los humanos ojos vedada su hermoura,
sus frondas se empeñaron por ocultarla luego;

mas la visión quedóse dentro del pecho mío
como si el viejo fauno del ademán cabrío
me hubiese castigado grabándomela a fuego.

Ibídem.

OTRA VEZ EL OCEANO

Porque dejé en mis labios perderse la sonrisa
—¡pueril afán de investigarlo todo!—,
y, frente a los crepúsculos,
preferí los morados a los rojos violentos.

Porque el espacio azul es todavía
insondable; y opuesto a la mentira
ahonda el pensamiento en la diáfana esfera;

porque la carne duele, temblorosa, angustiada,
sin saber de las sombras y estremecida quiere
arrojar a los mares tenebrosos el áncora,
y sujeta al escollo desgarrarse sin tregua
antes que a la deriva se desgaje en la muerte;

porque "mañana" el Angel, como el Ariel del sueño
me traerá en sus manos cautiva la tormenta
y en las horas veloces cuidará de mi nave,
es seguro el arribo a la playa remota.

Escucharé en los labios del timonel el grito
quebrarse emocionado al anunciarme: ¡Tierra!

Un tumulto de pájaros resonará en mi oído,
hecho ya a la perenne blasfemia del olaje.

¿Arribaré a la isla de la Buena Esperanza?...

¿Será, por fin, el puerto de plenitud gozosa
en que la paz se alberga para el rendido nauta,
o solamente el dique donde limpiar los fondos
y abrirme a interminable peregrinar de nuevo?...

Ya lo dijo el poeta: "Vivir no es necesario;
navegar sí es preciso..."

¡Y otra vez el océano!

De la revista "Estilo", S. L. P.,
No. 16, X-XII-1950.

JOSE ANTONIO NIÑO

(1887)

ALMA ROSA

"DE UN VENERO DE LUZ NACIO LA ROSA"

Viajera red de savias interiores
derivadas por cauces primitivos,
en promesa de brotes y cultivos,
entrega sus afanes labradores.

Por la malla de filtros conductores,
difúndese en procesos selectivos,
y va a brotar en gérmenes activos
de yemas, de capullos y de flores.

En la trama de células motrices,
una mano celeste, laboriosas
tintas diluye en fibras y raíces.

Recoge abril las pulpas luminosas,
y en una exhuberancia de matices,
va por campos de sol, tejiendo rosas.

ROSA NACAR

Campestre floración de la eglantina
que en cultivo de mano laboriosa,
de su venero emocional, rebosa
luz de celaje en copa vespertina.

Odorante incensario que calcina
copal del alma en ruta fervorosa:
bajo el prisma lustral de ilusión rosa,
acecha el fiero garfio de la espina.

En cada luz crepuscular, la yema
el rosa de los pétalos madura,
y revienta el botón en un poema.

Ceñido de bucólica verdura,
es el cáliz de nácar el teorema
de toda la rosal nomenclatura.

ROSA NIEVE

Sobre el injerto medular, tremola
un florón de alabastro diamantino,
que en acendrada palidez de lino,
—hostia de luz—, ofrenda su corola.

Santa pureza de la flor que inmola,
en oblación, su brote matutino:
plumón de cisne en lago esmeraldino,
que su albor mece con vaivén de ola.

El cáliz se abre al matinal evento,
por viales de sol; se transfigura,
y es nieve en floración, nube de argento.

En la paz de su exangüe arquitectura,
vibra sensual, cuando la voz del viento
pasa cantando y peina su blancura.

ROSA ORO

Regio motivo ornamental decora,
en la pulpa clorótica y turgente,
estilizada gema, cuyo oriente
pule el rubio pigmento en que se dora.

El sol la besa, el nimbo se colora
con un matiz de polen y simiente:
lustra su piel de seda, sugerente
de un broquel que en esencia se evapora.

Es, en trance de símbolos afines,
regio blasón de señorial decoro,
bruñido por orfebres serafines.

El celeste dosel abre su foro,
y en la noche lunar de los jardines,
prende al rosal su heráldica de oro.

ROSA PURPURA

Me enardezco en la roja florescencia
que enciende tus entrañas luminosas:
viva sangre fraguada en miel de rosas,
en el clima volátil de la esencia.

Pules en tu ferviente transparencia
la ruta de saudades misteriosas,
y en matices pretéritos rebosas,
con ambientes sutiles de presencia.

—Símbolo del delirio flameante—,
tus pétalos ardidos son fermento
del rojo amor en el supremo instante.

Tu carbunclo balsámico, sediento
de brisa y sol, es púrpura fragante
que se desangra en el cristal del viento.

De la revista "Letras Potosinas",
S. L. P., Nos. 87-88, III-IV-1950.

LUIS CASTRO Y LOPEZ

(1889)

Del poema
LOS NIÑOS, LAS FLORES Y LOS PAJAROS

Me dijeron las flores

EL CLAVEL:

Rey he sido de plazas de toros
en las ferias alegres de España,
coronando azabaches y oros
entre espuma ideal de champaña.

LA TUBEROSA:

En la corte del Sol de Teresa,
muerte dando al reptil de los celos,
al desliz de una hermosa francesa
mi perfume ocultó con sus velos.

EL ALELI:

Cuando el pueblo arrasó el lugar santo
de los reyes más grandes de Francia,
a los mármoles rotos un manto
supe dar de esplendor y fragancia.

EL ALMENDRO:

Por hoguera amorosa encendida,
hay amor infinito en mi gracia,
y prolongo de Filis la vida,
y recuerdo las costas de Tracia.

EL LIRIO:

Fuí devoto de un Dios y de un Santo,
Salomón ostentóme en su frente:
más de un rey en su escudo y su manto
ha sentido mullir mi simiente.

LA VERBENA:

Fuí un heraldo en las luchas de Roma,
me adoraron el mago y el druida,
y mi fama, entre mirto, aun asoma
a la sien de la Venus prendida.

EL MIRTO:

Obediente de Amor a los ruegos,
adorné la inmortal hermosura
y en corona de Olímpicos Juegos
fué mi orgullo premiar la bravura.

LA ROSA:

Reina fuí de las reinas que han sido
y lo soy de las damas de ahora,
y en los pechos temblar he sentido
a la sangre que amores implora.

EL PIRLITERO:

En sus tumbas me vió el troglodita
de una vida inmortal como aurora
y en el bello país de Afrodita
toda joven amante me adora.

EL AMARANTO:

Por dar vida perenne al tesoro
que en la copa del verso rebosa,
ha brindado mis crestas de oro
la gentil provenzal de Tolosa.

LA VIOLETA:

Toda flor es un alma que asciende
por la escala infinita del mundo,
y si muere es que otra alma se enciende
de lo ignoto en el cáliz fecundo.

Hoy te dí mi cordial bienvenida
en mi lengua de tinte y de aroma;
mas si vuelves a verme en la vida
ya será en ruiseñor o en paloma.

Mira... De uno y de otro hemisferios
llegan pájaros que hablan de amores.
Ellos pueden sondar los misterios;
saben más que nosotras las flores.

Me dijeron los pájaros

EL COLIBRI:

De todas las flores del orbe soy dueño,
el néctar que gusto no hay de Hibla en panales,
y al ver de mis plumas los iris de ensueño
enferman de envidia los pavos reales.

LA ALONDRA:

No sacude aun Febo sus crenchas de lumbre
y ya canta himnos triunfales mi gorja,
y en hierro de Etalia, para honra de cumbre,
como ave sagrada Vulcano me forja.

LA GOLONDRINA:

Mis alas recogen espumas de mares
que brindo a los cielos donde hay primavera,
y mi dulce nombre trina en los cantares
del vate que orgullo de Sevilla fuera.

EL CANARIO:

Como fué con rayos de soles tejida
una blonda de oro mi pluma semeja,
y cantando amores se me va la vida,
preso entre los rubios hilos de la reja.

EL GORRION:

Vi en Venus torturas que la carne encierra,
como no soñaran los inquisidores,
y, cantor con alas, cruzo por la tierra
contando a los astros historias de amores.

EL PETIRROJO:

Cuando el campo arrasan vientos invernales
y el verdor marchitan de la primavera,
alegro a los niños con mis madrigales,
junto a las auroras que el tuero encendiera.

EL CARDENAL:

La mota encarnada del plumaje fino
en que se arrebuja mi vida tarviesa
un Richelieu copia, finge un Mazarino,
y evoca arrogancias de corte francesa.

EL RUISEÑOR:

Jamás trino alguno mi canto igualara,
y sólo esbozarlo consiguió un poeta,
el que de la angustia del montesco hablara
y de los dolores de la capuleta.

EL JILGUERO:

Por vistoso traje de plumas vestida,
el alma de un lirio con mis alas vuela,
y saben secretos contar de la vida
las alegres notas de mi cantinela.

Cuando en apariencia mis días se acaben,
buscaré el cobijo de un vientre fecundo.
Mira... Dos pequeños. Pregunta. Ellos saben,
mejor que nosotros, las cosas del mundo.

De la plaqueta del mismo nombre.

JESUS ZAVALA

(1892)

MI CORAZON...

Mi corazón es un fragante pomo
que, al sentir la nostalgia de tu ausencia,
desbordando de amor, sin saber cómo,
deja escapar el polen de su esencia.

¡Cuánto tiempo sin verte,
sin escuchar tu voz, sin saber nada
del ruiseñor que sueña en la enramada
del árbol de tu vida y de tu muerte!

Mi corazón —de ensueño y de martirio—
se desangra en la noche de tu ausencia
y flota mansamente, como un lirio,
en el río de luz de tu existencia.

De la Antología de
"El Nacional", Méx., 1939.

EL ARBOL

El árbol secular florece intacto.
Hinca sus garfios en el bruno suelo
y consolida más y más el pacto
de su amor con la tierra y con el cielo.

Hunde su frente de esmeralda y oro,
bajo el azul, en el cristal del día.
Mueve sus ramos y un caudal sonoro
vuelca en la rústica tapicería.

Hila el cenzontle musical encanto
entre las frondas de su pentagrama.
El árbol mismo se convierte en canto.

Rásgase el cielo. De su áurea herida
brota un torrente. Esplende el panorama.
El árbol secular canta la vida.

Ibídem.

UNA VOZ CLARA Y DULCE...

Una voz clara y dulce conturbó mis sentidos.
¿Era voz de sirena o era arrullo de mar?
La canción de la vida se posó en mis oídos.
Y no supe de dónde provenía el cantar.

Y vagué... vagué insomne por los huertos floridos,
ascendí a las montañas, me extravié en el pinar...
Y eran vanos, inútiles, mis pasos doloridos...
¡Ignoraba de dónde provenía el cantar!

Presa de la inquietud, interrogué a los vientos,
interrogué a las aves... Mis torvos pensamientos
urdían la madeja de extraño razonar...

Y cuando ya mi cuerpo se rindió a la fatiga,
sentí que de mi alma brotó la voz amiga
¡y me puse extasiado la canción a escuchar!

Ibídem.

EL CABALLO Y LA MONTAÑA

Los ópalos en el valle
se funden con la esmeralda.
El cielo es claro y sereno,
sereno cual la montaña.

Abre sus flores el mirto.
Sus flores abre la malva.
Y con su aroma süave
el valle entero embalsaman.

Zumban la mosca y la abeja.
Croan el sapo y la rana.
Con los colores del iris
su tela teje la araña.

En el chorro de la fuente
el cristal se desbarata.
Las mariposas son pétalos
de amapolas deshojadas.

Ora en los troncos ocultos,
ora saltando en las ramas,
los pajarillos alegres
sus melodías desgranan.

El sol con sus rayos besa
la frente de la montaña
por cuyos flancos descienden
ríos de oro y de plata.

En la aromosa llanura
de tierno pasto alfombrada,
duerme la siesta el caballo
de mis sueños y esperanzas.

Es noble, dócil, gracioso.
¡Con qué sencillez se enarca!
En su blancura relucen
el ímpetu y la arrogancia.

Mi caballo mientras duerme,
sueña escalar la montaña;
mas le parece imposible,
la ve tan alta, tan alta...

Quiere besar el azul.
Bañarse en la lontananza.
Confundirse con el cielo.
¡Ser viento, nube y montaña!

Al despertar se incorpora
y contempla el panorama.
En su memoria revive
su sueño: flor de albahaca.

Declina el sol y la tarde
se va cubriendo de gasas.
El crepúsculo violeta
se estremece y se desangra.

Con paso firme y seguro,
por la estepa solitaria,
el caballo de mis sueños
galopa hacia la montaña.

Al llegar al pie del monte,
¡con qué donaire lo escala!
No le arredran los abruptos
peñascales ni hondonadas.

Al posarse en lo más alto
de la divina montaña,
se confunde con la noche
de diamantes constelada.

Y en una ansia indefinible
de infinito, sueña y calla.
Un milagro se realiza:
de su cuerpo brotan alas.

Por la vía de Santiago,
—bajo la luna de plata—,
va el pegaso de mis sueños,
jinete en él la esperanza.

De la revista "Letras Potosinas",
S. L. P., Nos. 85-86, I-II-1950.

RAYA LA GOLONDRINA...

Raya la golondrina la flor azul del cielo.
Preside con su alegre trinar la primavera
y giran caprichosas las aspas de sus alas
en torno del oscuro balero de su rueca.

Taladra los cerúleos vitrales de las frondas.
Hace un alto en las torres gemelas de los templos
y avanza cautelosa con tenue y blando giro
y en los nevados copos prende su punto negro.

¿Qué manos infantiles con sonrisa abrileña
impulsaron la grácil hélice voladora?
La mañana es jocunda; el VERDE VERDE tierno
y todo se penetra de dulzura y aroma.

Del libro "Cuatro Siglos de
Literatura Mexicana", Méx., 1946.

SALVADOR GALLARDO

(1893)

CAMARA OBSCURA

Sobre mi sueño horizontal
Cae la lluvia de una Torre
Un gallo barométrico
Desgrana la espiga del mañana.

Locomotoras —fantasmas
Acepillan las distancias
Y las leznas de los pitos
Taladran el silencio
Una lágrima de oro
Burila mi vidrera
Y la luna al magnesio
Me revela tu imagen.

De "El Pentagrama Eléctrico".

TRES SONETOS DE AMOR

II

PRESENCIA

Viniste hasta el umbral de mi existencia
una mañana en que la luz tenía
vibración augural... ¡epifanía
y asunción a la vez de tu presencia!

Mujer, que al condensar la quintaesencia
cósmica, produjiste la armonía,
y, en telúrico espasmo de agonía,
eternizas el goce con la ciencia.

El viejo mar, con ímpetus bestiales,
se infiltra por tus venas de corales
para formar en ti, de nuevo, el Mito,

y, al entreabrir el caracol marino
de tus labios, un hálito salino
de los mares me llena de infinito.

De "9 Sonetos de Amor".

VIII

MUJER DEL MAR

Eres, mujer, la concreción marina
con rostro hacia el presente y el pasado:
floración de la carne y el pecado
en que el amor sapiente se adivina.

Destila de tus ojos, cristalina,
la línfa de los mares que han lavado
las penas ancestrales y han trocado
lo rudo en grácil floración divina.

Tu abrazo es el camino hacia la muerte,
trasunto de la fruta prohibida:
y mi sino fatal es de tal suerte

que, en esta hora ansiada y tan temida,
no sé si dar la vida por tenerte,
o bien tener en ti la nueva vida.

Ibídem.

IX

VIDA SIN FIN...

Camino que caminas sin partida,
y sin meta ni fin de la jornada;
flama que te consumes inflamada
en la esencia perenne de la vida.

Simiente que germinas impelida
por el soplo impalpable de la nada;
y, si fuiste en la nada ya engendrada
también al fin sin fin serás destruída.

Mas ¿qué importa que el ancla traicionera
se agarre a la ilusión de cada instante,
si al fin el cauce sigue su carrera?

Y al cabo de este vórtice incesante
llegamos a la trágica ribera
con ese fin sin fin siempre distante.

Ibídem.

LUCIANO JOUBLANC RIVAS

(1896)

UNA QUEJA EN EL CAMPO

Una queja pasó por el camino,
una queja
que en su melódica unidad tenía
el alma de un poema...

El campo estaba verde de maíz,
la tarde ardía como una urna de esencia,
y el cielo era de oro desvaído
con celajes violeta,

cuando aquella
lamentación pasó por el camino
como una sombra inmensa.

¿Qué fué? ¿Acaso el lloro del crepúsculo?
¿Tal vez el alma de la sementera?
¿El cuchicheo de las hojas vivas?
¿La pesadumbre de las hojas muertas?

Romanticismos, sentimentalismos...
Alma mía, no inquieras,
inquirir es cortar pétalo a pétalo
la flor de la existencia.

Tú y yo sabemos que dormía el campo,
que los hombres callaban y la tarde era quieta
y que por el silencio del camino
se deslizó una queja...

Del libro "De la Hermandad".

HE DE LOARTE, AMIGA

He de loarte, amiga,
por el perfume de tu alma ténue,
por tu pureza y por tu ingenuidad,
porque tienes el agua que mitiga
mi sed de santidad...

Amiga, yo te he visto
cubierta con la túnica de Cristo
pasar como una bella aparición,
a la vez tan divina y tan humana
que no he sabido si llamarte hermana
o rezar a tus pies una oración.

Y he de loarte, amiga,
por todos los consuelos
que has sabido verter en lo profundo
de mi ser; porque pasas por el mundo
como las avecillas de los cielos,
que no siembran ni siegan

y el trigo en alfolíes nunca allegan,
que dijera el Maestro:
por tu simplicidad de Padre Nuestro,
y porque tu alma, abierta
siempre está para todos los viandantes
que llaman a la puerta...

Cruzas ante mis ojos anhelantes
como una misteriosa anunciación,
con la mirada puesta en lo lejano,
con la semi-sonrisa del arcano,
con el sello de la contemplación.

Y yo he soñado a veces
decir a Dios que quiero ser tu hermano,
que permita que vengas
como una aparición,
y me lleves, amiga, de la mano,
por tu camino inmenso
de santificación.

De "El Alma Trémula".

NO ERES MAS QUE UN RECUERDO

No eres más que un recuerdo, un recuerdo muy grato
que guarda mi memoria entre sus lobregueces,
y eres, para mi alma, como un viejo retrato
que olvidado en un álbum fuera a mirar a veces.

En vano tu existencia trata de diluirse
en el lago que forma mi individualidad:
sus ondas y sus linfas no volverán a abrirse
más para ti, aunque esperes toda la eternidad.

La ilusión acabóse, me quedó el desengaño,
un desengaño dulce que me place guardar;
no eres más que un recuerdo, un recuerdo de antaño,
que la vida muy pronto comenzará a borrar.

Ibídem.

ANTONIO CASTRO LEAL

(1896)

ESPINAS

I

Cielo azul que te desangras
en la espina de una estrella,
flor de cristal, en tu nuca
el engaño de una queja
anuda la eternidad
con los hilos de tus penas.

Alamo azul de la noche,
tus manos desconsoladas
empañé con mis suspiros;
en esta noche de gasa
y nácares submarinos,
tus manos son mi mortaja.

Mar azul de aguas dormidas
que los suspiros levantan,
que los sollozos conmueven,
que los rencores amargan.

¿Cómo quieres, estrellita
que tiemblas en sus pestañas,
disolver tu corazón
de cristal en nuestras lágrimas?

II

El campo tiene tu aroma
y el paisaje te comenta
en el árbol y en la nube;
el aire amigo revuela
componiéndome tu imagen
en toda cosa perfecta.

En la puerta de la noche
me dejaste tu recuerdo:
no lo desgarran las horas
ni me lo arrebata el viento,
no lo va apagando el sol
ni lo empequeñece el cielo.

Todo vivo para ti
en un sueño tan remoto
que no me alcanzan las cosas
estando cerca de todo.

Respiración de los cielos,
pastorcita de las nubes,
¿dónde estás para que mires
el agua entre los los saúces?

Del libro "Las Cien Mejores Poesías
Mexicanas Modernas", Méx., 1939.

DULCE CANCION...

Dulce canción prendida a la garganta,
collar de voces tristes, prisionera
de vaga música que desespera
por eludir los hierros de su planta.

Del corazón del viento se levanta
confundido rumor de primavera,
palpita la canción, y en la ribera
es la espuma del tiempo la que canta.

Temerosa de cielos y querubes,
revuelta con la risa de los ojos
y perdida en los hombros de las nubes,

no encuentras diapasón a tus sonrojos.
Trémula voluntad arrepentida,
canción que esperarás toda la vida.

De la revista "Occidente",
Méx., No. 4, V-VI-1945.

ESPINA

En su cabellera oscura
el árbol de la avenida
prende tu estrella querida
de las noches de ventura.

Y en mi corazón dormida
como agua de luna pura
se derrama la ternura
con que iluminas mi vida.

Cumplido presentimiento,
felicidad temblorosa
a los suspiros del viento...

Aquella noche de estío
el cielo encendió la rosa
de tu corazón y el mío.

Ibídem.

MANUEL RAMIREZ ARRIAGA

(1900)

LOS CAMINOS VEDADOS

Pregunté a los sentidos
dónde está Dios, y hallélos confundidos
buscándolo en colores y sonidos,
y de su Dios estaban abstraídos,
que por puerta no entró de los sentidos.

Transcripción en verso del pensamiento de Fray Luis de Granada. — M. R. A.

I

Cuando se eleva la mañana
como desnudo corazón;
cuando las voces de la tarde
van preludiando su canción;
cuando acompasa cada hora
nuestro residuo de emoción,
siempre me encuentro de rodillas
dentro del alma en oración,
reconociéndote en lo parvo
y en lo inmenso de tu creación

¡Oh, Tú que estás sobre las cosas
y haces del orbe tu nación,
la que gobiernas como padre,
no como rey ni emperador!

Absorto miro tu grandeza
y me pasmo ante la humildad
con que te ocultas a los ojos,
con que te niegas a clamar
por tus milgaros, más profusos
que las arenas de la mar.

Cuando, con tenue gasa de oro,
vistes la nívea desnudez
en que la aurora se despierta
y por el cielo avanza el pie;
cuando, con puntas de diamante,
prendes el negro brocatel
con que arrebújase la noche
—virgen que nunca nadie ve—;
cuando al tramonto se desborda
en vivas rosas tu vergel,
siento que brota del venero
más escondido de mi ser
—igual que una agua transparente—
una canción de clara fe.

II

Y sin que el labio te pregunte
¡Oh, Padre mío! para qué
de los sentidos Tú me abriste
las ventanas, por las que ve
la perspectiva de tus mundos
mi pobre espíritu, a Ti fiel,
de par en par yo las conservo
—nunca jamás las cerraré—
y el panorama de tus obras
apuro yo, como una miel.

Con avidez como de niño
mis ojos beben el azul
—criba de seda con que ciernes
los finos granos de tu luz—,
gusto la poma que me ofreces
en su rotunda plenitud
y me sumerjo en el aroma
que entre la flor pusiste Tú.

Por los caminos siempre abiertos
de mis sentidos, voy a Ti;
te gozo en ellos y por ellos
con el deleite más sutil:
tal en el ave que te canta
o en la alimaña del cubil
como en la estrella de los cielos

o en la de un cuerpo femenil,
y así, en mis vórtices sensuales,
¡Oh, mi Señor! te encuentro en mí.

III

Cuando converja en tu misterio,
tras el fracaso de mi ser,
y yo te cuente de mi viaje
por el exilio del Edén,
no te diré que mis sentidos
fueron un lastre para el Bien,
sino que en ellos y por ellos
yo prosternado te adoré,
y en un color, y en una forma,
y en un perfume te gocé
y en el regazo siempre tibio
de un dulce cuerpo de mujer...

Y Tú, sonriendo como padre
que al hijo, al fin, a salvo ve,
con una plácida sonrisa
me has de decir: ¡Hiciste bien!

Del diario "El Universal Gráfico",
Méx., 16-II-1941.

SEMBLANZA DEL PADRE

I

No la bruma del tiempo
deslizará su esponja humedecida
sobre el dibujo neto
que trazó la memoria de mi padre
en la pizarra fiel de mi recuerdo.

En una regresión a mi ventura,
con infantiles ojos lo estoy viendo...
¡Ancló mi paz en su regazo como
en las azules sombras un lucero!

Fué mi primer noción de la grandeza
la talla de su cuerpo,
de tronco erguido como sus acciones
y frente enhiesta cual su pensamiento,
inclinada tan sólo
ante la majetsad del libro abierto
o cuando, por alzarse a más altura,
enfrente de su Dios tocaba el suelo.

Enmarcan su presencia,
en el fondo del plácido aposento
en el que la penumbra de la tarde
profundiza el silencio:
la vasta mesa de trabajo sobre
la que su fácil mano va vertiendo
en caracteres de cuidadas formas,
en la inmácula albura de los pliegos,
en expresiones claras y sencillas
y en castellanos y pulidos versos,
del cantor de Venusa, o del Mantuano,
égloga dúctil, o los arduos épodos;
y los estantes grávidos de ciencia,
mas ágiles y esbeltos
que su preciada copia
elevan hasta el techo
y —sin afeite alguno su madera—
efunden grato olor de pinos nuevos,
como una evocación de la montaña
en que la cuna se meció del dueño
—sencillo aroma de resina el trato
y reciedumbre forestal el cuerpo—
¡que tal flor de cultura
hundía sus raíces en el pueblo,
cuyo ritmo vivaz pulsó sus venas,
cuyo dolor enriqueció su genio
y cuya honda nostalgia de los campos
llama fué en él de inextinguible fuego!

Llevó, cual si quisiera constreñirse,
al humilde linaje lugañero,
el ceñidor de seda
tejido en los telares de mi abuelo,
que labraba los paños del rebozo
en que arrebuja la mujer del pueblo
semblantes de piñón y de canela
y pupilas de brasas y de incienso;
y circunscrito así por la ternura
diáfana y emotiva del recuerdo,
su corazón latía
siempre al nivel de los humildes pechos.

No pudo su cabal sabiduría
ser fútil ornamento
ni trampa innoble en que los bienes deja
el ignorante y de su fe los restos,
sino luz que le rompe la tiniebla,
y escudo y brazo para el indefenso.

Y así, mentor y magistrado, nunca
manchó su paradigma de hombre entero,
que por no violentar sus convicciones
digno bajó del encumbrado asiento.

El volcó sobre todos
los que su clara vida circuyeron,
la escarcela al igual que la sonrisa
y el lirio de bondad de su consejo,

así como descienden de las manos
de las pías imágenes de un templo
los dones de la gracia
en efluvios de místicos destellos.

Y cuando abrió sus ojos
a la compacta sombra del misterio,
la Verdad de su muerte
cayó en mi vida como fruto pleno.

Desde su oscuro nicho,
mírame con pupilas sin luceros,
e igual que sus palabras que vivían,
me aconseja la voz de su silencio.

Pues recibió la tierra
ya la simiente pura de sus huesos,
cultivaré sobre la tierra sólo
la rosa indemne de los actos bellos.

II

Mis imantados ojos,
en el punto magnético
en que mi padre erige su presencia
de ineludible imperio,
encuentarn tu destino, dulce Patria,
seguro como el dombo de los cielos,

que ante el futuro de cerradas puertas,
fanático en ti creo,
no porque mire dilatar los muros
de tus ciudades en febriles vértigos,
acelerarse el ritmo de tus fábricas
y rebosar la mies en tus graneros;
no por la vena de metal que yace
escondida en tu seno;
no por la cornucopia desbordante
que el trópico volcó sobre tu suelo;
no por la nieve, que, de tus montañas
sobre los cascos pétreos,
contra el esmalte azul de tus mañanas,
es el airón cimero;
no por tus ríos de violentas caudas;
no por la dura mano de tus vientos
que sacude la greña perfumada
de caobas y cedros,
ni porque tu menguado territorio
permanezca tan grande cual los versos
en los que tu poeta, Suave Patria,
lo mensuró con depurado metro...
¡Sino por los varones
que suele dar de nuestra raza el genio
—como al que va mi canto
y es el dios de mi credo—
y que sustentan tu feliz techumbre,
ocultos como sólidos cimientos!

De la revista "Letras Potosinas",
S. L. P., Nos. 85-86, I-II-1950.

AYES Y GLOSA DE GUADALUPE AMOR

Ante su retrato, por Diego Rivera

I

¡Ay, frágil escultura de tu cuerpo...!
¡Ay, Guadalupe Amor, toda suspiros...!
¡Ay, Guadalupe Amor, rosas y hielo...!

En ámbito hiperbóreo,
una pálida sangre que perfuma
tierra y mar. En el agua fugitiva,
das de tu nombre la versión difusa.

Estás de paso. Tu premiosa huella
los pechos guardarán que estremeciste
con tu vibrar de música y tormenta.

Se percibe tu flébil osatura,
en la piel de fluviales transparencias,
cual de la onda la muriente ruga.

¡Ay Guadalupe Amor, luz de nevasca
bajo sol que sus pétalos deshoja...!

El rictus de tu labio blasfemante
descubre los colmillos de la loba.

Todas las ansias que tu cuerpo queman
se precipitan, impetuosos ríos,
en el delta minúsculo del pubis
que riza llameante vellocino.

¡Ay Guadalupe Amor! ¡Ay, grito agónico
que del misterio el vórtice estrangula!
Tu pie se posa sobre huidiza nieve,
y hay en tus cielos ángeles en fuga.

¡Ay, Guadalupe Amor, perfume y brisa!
¡Ay, Guadalupe Amor, borrasca y niebla!
¡Ay, Guadalupe Amor, viento y neblina!

¡Yo, no... conmigo, no... Sobre otro pecho,
sobre otras almas, con furor rabioso,
hinque la loba el incisivo hambriento!

. . . . . .

¿O el torbellino pasional que sube
de los senos convulsos de la vida,
en la violenta y áspera subida,
llegará, como el ala del querube,
al abismo del cielo y de la nube?

II

Desanudada de la ropa leve,
desnuda ya, cual árbol sin corteza,
como fruto sin cáscara, se atreve
a dar sin sombra el sol de su belleza.

Esta rosa feliz de fuego y nieve
a cruda luz sus pétalos aveza
y el don precario de la vida breve
alza del Arte a la perenne alteza.

Polvo de tumba que la frente tizna
no manchará la suya, ni la moja
del rezo la monótona llovizna.

Ella venció del suelo la congoja,
y, de ser de la hierba oculta brizna,
es flor a la que nada le sonroja...
¡sino el beso del sol sobre la hoja!

Nueva versión, proporcionada por el autor.

LA DAMA DE NEGRO

**Todo lo negro que del mundo ha sido,
total obscuridad, la plena sombra,
es la voz que la llama y que la nombra...
y ella viene surgiendo del olvido.**

**Es el sueño más negro que he tenido:
las fauces del abismo con que asombra:
la tiniebla que sírvele de alfombra
para su paso nunca percibido.**

**En el agua profunda de la noche
mojó de sus cabellos el derroche,
derramado en el óvalo inquietante**

**donde los ojos hunden sus destellos,
como si del arcano fueran sellos
en la página muda del semblante.**

Nueva versión, proporcionada por el autor.

HOMERO ACOSTA

(1901)

POEMA A LA AMADA

I

Toma el ardiente brazo de tu amada
y bésalo.
No dejes que la histeria te arrebate la dicha.
En el rincón obscuro de la muerte
no encontrarás el pétalo.

Toma el cabello negro de la amada,
acarícialo y bésalo.
Toma la dicha y bésala, toma la vida y bésala.
Y goza de la vida en esta vida única!
Te dieron el milagro de la vista,
del oído, del tacto, de la risa
para que así pudieras
gozar de la existencia.

Conoce de la amada
la blancura lactante de su cuello,
la ardiente ramazón de su cabello,
el sabor de sus manos intranquilas,

y sobre el campo todo, iluminándolo,
la madrugada azul de sus pupilas.

Que no te engañe nadie con la promesa vana
de la gloria futura:
la gloria es esta vida.

Sin ojos, sin oídos, sin nervios sensitivos
nunca podrán herirte.
No temas al castigo:
si Dios es todo amor, amargo y triste,
no puede herir al hijo.

Por eso tienes boca,
para gozar la boca de la amada;
por eso tienes ojos,
para gozar los ojos de la mada;
por eso tienes manos,
para tocar las manos y los hombros
¡oh, los hombros desnudos!,
de la amada desnuda.

Hazla tuya, Hijo mío, y en la muda
desolación interna
quema tu vida entera, quémala sin temores
que la Tierra y la noche te cubrirán de flores.

Sobre su casto seno y sólo tuyo
conviértete en arrullo;

y haz que el arrullo duerma
sobre su boca indemne
y desgarra su entraña con la euforia
de tu amor, de tu vida y de tu gloria.

Y así podrás sin miedo
¡cabalgar sobre el lomo redondo de la muerte!

II

Hinca las dos rodillas; toma un puño de tierra
y bésalo:
tú eres tierra que piensa,
un pedazo de tierra que camina.
Si oyes en la espesura de la sierra
un pájaro que trina,
es la tierra que vuela.
Si oyes es la garganta
del mar, el alarido,
es la tierra que canta;
la clara luz divina
es la tierra que esplende y que ilumina.
La misma sombra, acaso, sin saberlo,
es la tierra que sueña.

Ama a la dulce tierra:
tus ojos, tus oídos, tu pensamiento mismo
es lodo del abismo.

Desde los pies descalzos
hasta el rubio pelambre del cerebro
eres tierra que piensa,
sólo tierra que piensa! Sólo tierra!

Las manos blancas, puras de la amada
son sólo tierra blanca que acaricia:
los cabellos sombríos de la amada
son sólo tierra negra que dormita:
los hombros y los senos y los brazos
de la amada que muerde,
sólo son tierra roja que palpita,
que palpita y desea,
que incendia, que enloquece y que rodea.

Toma la ardiente boca de tu amada
y bésala.
Hazla tuya Hijo mío, hazla tuya:
ama, besa y arrulla.
Ya llegará el momento en que la vida
se convierta en dormida
y silenciosa imagen del silencio.

III

Deja gozarte ahora, amada mía;
deja gozarte toda, con la entera
y trágica pasión de mis amores:

tu carne se haga hoguera
y su fuego ululante me consuma.
Sobre tu cuerpo blanco cual palabra
vertiré con amor todos los dones
de la tierra inmortal que me consagra.

Deja gozarte ahora toda entera,
que al fin los dos sabemos
que tras la puerta inmensa de la muerte
sólo estará esperándonos la tierra.
Así tras la llanura está la sierra!

ENVIO

Cuando entierren tu cuerpo, amada mía,
oh, pálida ambrosía,
sus alas plegará mi poesía:
destrozaré las cuerdas de mi lira
y arrojaré las cuerdas contra el viento:
haré pedazos con las manos curvas
la canción de la vida
hasta arrancar el corazón profético
de la noche pretérita y nacida.

De la plaqueta del mismo nombre.

MIGUEL ALVAREZ ACOSTA

(1907)

CLARIDAD DE TIEMPOS VERDES

I

DIBUJO DEL ALBA

Ebria de nube y sol, conspiradora,
la mañana, de sombras prisionera,
sube al trino del ave que la espera
y abre el párpado verde de la aurora.

De sus manos calientes se evapora
la fragante humedad; sobre la higuera
una araña textil que persevera,
mueve su filatura zurcidora.

Tibia fábula busca personajes
de sombra y sol; suspiran los ramajes;
ha empezado a reír una campana.

Y en la llanura el gallo matutino,
se bebe las canciones del camino
en el charco de luz de la mañana.

2

CONCILIO BAJO LA TIERRA

Charlan, bajo la tierra, primordiales,
los jugos de la vida, y su fermento
preparan para el claro alumbramiento
que va a decir sus júbilos rurales.

Un programa de bosques y trigales
se discute en el húmedo aposento
y con delgada voz asoma el viento
a traducir los sueños vegetales.

Alguien ha abierto la techumbre oscura:
una mano se ve por la abertura
de la gleba, coloca la semilla,

y cuando el tiempo su labor emprende,
un canario se asoma y ágil tiende
vuelo de navidad desde la arcilla.

CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS DE SAN LUIS POTOSÍ A.C.

3

CLOROFILA ENGAÑADA

Bajo el cielo narcótico solía
descifrar los follajes, y ¡Qué hermosa
me pareció la casa rumorosa
donde el ave su cánticos tejía!

En academia forestal y umbría
estudiaba su epítome la rosa
y el rito de entregarse por esposa
al ruiseñor de la filosofía.

Hoy es algo distinto: si procuro
de idioma vegetal relato puro
o en fiel retórica perfil nevado,

el corazón suspende sus labores
y medita un epílogo de flores
al verde amor sabido y olvidado.

4

NAVIDAD DE LA ROSA

Sueño en bajar al claustro de la rosa
—oscuro tabernáculo de arcilla—
y descifrar el tiempo a la semilla
que anticipada navidad reposa.

Ver cómo se revienta y, presurosa,
sube su primer dardo a la capilla
donde —veleta al sol— su punta brilla
dorando verde claridad radiosa.

Humus de la ansiedad, el huerto sube
por la escala de vidrio que la nube
con su mano pluvial, lleva al sembrado,

y mientras corren savia y estatura
con pulso vertical, la vida apura
licor de miel en flores sazonado.

5

TRANSITO DE SUEÑOS

En viaje de primor, la arquitectura
va enlazando la yerba y la edifica:
y en ella, rojo pulso comunica
su amor, su tiempo y su temperatura.

El árbol lleva a su progenitura
humana forma, indumentaria rica,
y la lluvia sus ansias multiplica
con verde sangre que la miel madura.

El hombre terrenal inicia el viaje,
mueve sus licoreras el paisaje,
el tiempo rueda, se aproxima el cielo;

y cuando baja el sueño a su morada,
la flor interminable queda anclada
y un corazón azul levanta el vuelo.

6

DISEÑO DE AROMA Y TRINO

Por claras dimensiones de armonía,
el jardinero musical asoma
y el avaro alquimista del aroma
a la rosa sus créditos confía.

En un lago de azul melancolía
bebe su propia luz una paloma,
y al moverse el cristal, su efigie toma
vuelo de ondulación y diafanía.

Filarmónicamente enamorado,
un ruiseñor erige su teclado
sobre el altar del íntimo plumaje;

y en el silencio del jardín dibuja
la gota de cristal o la burbuja
donde su trino perfecciona el viaje.

7

ESQUELA SENTIMENTAL

A punto de morir, la rosa oscura
de mi viejo laúd, toma el sudario
y pronuncia el suspiro necesario
para la nota epilogal más pura.

Es tiempo de cerrar la partitura,
devolver el idioma hospitalario
y subir, oh ciudad, a tu santuario,
con la plegaria de la voz madura.

Hay un nuevo equinoccio en tu ventana,
y hay un nuevo rosal; en mí se afana
la voz manumitida de la muerte,

y mi lejano corazón reparte
leguas de flor que sueñan con besarte
y alas de luz que viajan para verte.

Nueva versión, proporcionada por el autor.

FONS VITAE

Por primera vez, la madre,
va a alimentar al chicuelo;
desabotona la blusa,
brota, blanco, el tibio seno
y es como jirón de nube
que baja del firmamento.

La joven madre se mira
la redondez de su pecho,
y lo va acercando al hijo
con tal vergüenza y tal miedo,
que su corazón palpita
con pulso agitado y trémulo.

El niño acerca su boca
y entre afanoso y sediento,
succiona la dulce savia,
oprime el tallo materno,
toma el sabor de la vida
que en cada sorbo es un beso,

y la primera sonrisa,
asoma en el rostro tierno.

Arbol de vida, la madre,
siente que tiembla su cuerpo,
pues la carne de su hijo
teine en su carne un venero.
Canta allí todo el futuro
y el manantial de su pecho
sirve de puente a un mensaje
que viene del pensamiento:
siente que por sus entrañas
camina la voz del céfiro,
las palabras de su hjio,
las letras del alfabeto,
la blanca flor de la risa,
la negra flor del tormento.

El chiquillo, adormilado,
succiona en el blanco seno
redonda luz de lactancia,
hilo blanco del sustento,
y entre la madre y el niño,
se columpia el universo.

Si un ángel pintor bajara
desde las nubes al lienzo,
dijera que en este cuadro
fracasa el color del cielo:

y si el chiquillo pudiera
dar su corazón al verbo,
diría: —Madre, ¿qué arroyo
de amor te nace en el pecho?

¿Qué miel de rosas me has dado
que me brilla un sol por dentro?
¡Madrecita, flor del alma!
Mi cuna estaba en tu cuerpo
y hoy que me has dado la vida
canta mi vida en tu seno.

El niño, rosa de instinto,
tibio candor inexperto,
ensaya el primer enojo
pues no da con el venero.
La madre, toda dulzura,
devuelve la rosa al pétalo,
que tal su misión le espera
cantando por los senderos.

¿Qué presagio de tinieblas
se ha estremecido en el viento?
¿Por qué la madre se ciñe
su estrella de amor al pecho?...

La muerte está de visita,
pero se queda en suspenso;
ha escondido la guadaña,
ha reprimido el aliento,

y se aleja, de puntillas,
por no asustar al pequeño.

En los caminos del aire,
llora la muerte en silencio,
porque esta flor de ternura
no cabe en el cementerio.

La vida canta en las venas
apasionadas del tiempo
y corren lirios y estrellas
por el canal del misterio.

El niño duerme. La madre
con lentitud y con miedo,
desata el nudo solemne,
oculta el redondo seno,
y al abotonar la blusa
sobre el blancor de su pecho,
es como si se plegaran
las hojas de un evangelio,
o Dios cerrase las puertas
azules del firmamento.

De "Nave de Rosas Antiguas".

JUAN DE ALBA

(1910)

Del poema
VELADA EN LAS SOMBRAS

XIV

BACANAL DE LAS COSAS NO NACIDAS

Acordes que no han sido y que pudieron
ser; instrumentos nunca imaginados,
pero posibles; cuerpos que, plasmados,
pudieron existir, y no existieron;
Esbozos doloridos que no fueron
en la vida jamás corporizados;
ideas, pensamientos no pensados,
imágenes que no se cocibieron,
con todo el porvenir y su caterva
de hechos, cosas y seres en reserva
que más tarde en el tiempo habrá de haber,
danzan en bacanal desenfrenada,
emergiedo del fondo de la nada
con todo lo que nunca habrá de ser.

De "Dios Existe".

DOBLA EL MISTERIO

La noche llena de noche.
La luna dobla en el alma.
La luz de la vela dobla
como si fuese campana.
Dobla pianísima lluvia,
misteriosamente larga;
y la sangre dobla inquieta,
como llamando una llama.
Pero la lujuria fría
le invierna la lumbre clara.
. . . . . .
. . . . . .
Dobla y dobla el ambiente de la noche,
el radio-difusor de las campanas;
y dobla en todo, a todo campaneo,
un algo imperceptible a la mirada,
un campanero corazón ignoto,
de ritmo arcano y consistencia arcana,
que anima aún lo inmueble y lo difunto
con un misterio de verdad más alta.

La esencia de las cosas no vale a los sentidos,
que no pueden oírles el mundo de campanas,
pues como son sentidos, ignoran el sentido
con que vive en el cosmos el misterio del alma:
la que ve que los cuerpos son fantasmas,
y sabe que lo inmueble y lo difunto
con corazón arcano se dilatan.
En la noche se sigue dilatando,
tenuemente, el submundo de campanas.
Hondamente la paz fluye.
Fuego y lluvia ya se apagan.
La noche llena de noche.
Dobla el misterio en el alma.

Ibídem.

GUILEBALDO GUILLEN ZAPATA

(1913)

Del poema
LOS VOCES DEL LLANO Y LA MONTAÑA

IX

EL RIO

Vienen, alegres ninías, por los prados,
a sumergir sus cuerpos en mis ondas,
con las flotantes cabelleras blondas
tremolando a los vientos desatados.

Dos sátiros se encuentran emboscados
en una de mis márgenes; las frondas
ocultan a la vista sus redondas
y cornudas cabezas. Asomados

por abierta rendija, en el boscaje,
de las ninías acechan la salida.
¡Un grito de terror!... Entre el follaje

aparecen los sátiros, ufanos;
y emprenden ellas presurosa huída
en rápida carrera por los llanos.

De "Mármoles y Bronces".

ANGUSTIA

Nostalgia irrazonable de no verte;
miedo que arraiga en corazón herido
haciendo más intenso su latido
con el ansia infinita de tenerte.

Agustia inconfesada de quererte
presintiendo el tormento de tu olvido;
y esperar..., esperar lo presentido
cual un castigo de la adversa suerte.

¡Oh, dolor de tu ausencia tan temido!
Tantas veces el alma lo ha sentido,
anhelando el poder de retenerte,

que ante el temor insano de perderte,
pudiérase decir que yo he vivido
en íntimo contacto con la muerte...

De "Rojo... Blanco... Negro..."

PEDRO RODRIGEUZ ZERTUCHE

(1913)

GEOMETRIA

TRIANGULO

El mundo, tú y yo,
extraño triángulo:
dos líneas inclinadas
que se unen en la altura:
el mundo, una horizontal
a nuestros pies:
después,
tres ángulos distantes
en esta extraña geometría.

Es posible que algún día
se rompa la equidad
de la figura,
y un negro crayón
trace la discordante raya,
que vaya
a dejar por siempre roto
el vértice que hoy forman
nuestras vidas.

PARALELAS

Van paralelas nuestras vidas,
próximas, sin estar unidas;
no se alejan,
pero no se acercan.

Y el ojo miope
que las ve perderse
en lontananza
dice que allá en el infinito
se confuden en un punto,
pero es mentira.

Van paralelas nuestras vidas,
próximas, sin estar unidas.

Y en esa tediosa equidistancia
tiene tu orgullo la arrogancia

de una infinita
soledad en compañía.

De la revista "Bohemia",
S. L. P., No. 4, I-1940.

LITORALES DE ANGUSTIA

Litorales de angustia
donde navega tu recuerdo
que se vuelve impreciso
en las bahías atormentadas
del tiempo.

Acuáticos caminos
que desdibuja tu estela,
que baña la ruta fosfórica
de los siete pecados.

Tu nave sin ancla
se detuvo en mi puerto,
sopló el viento y se fué.

Mis redes vacías
descienden al fondo del mar;
en esta redada
no habrán de encontrar,

ni un sueño, ni un alma,
ni un beso, tan sólo
el azote del agua salina,
tan sólo la furia de la marejada.

Tan solo, tan solo...
yo me voy quedando,
que en mis litorales
la angustia se baña
desnuda y sombría.

De la Revista "Letras Potosinas".
S. L. P., No. 109, XI-XII-1951.

EDMUNDO BAEZ

(1913)

POEMA EN LIRAS

un no rompido sueño

Fray Luis de León

En vano el vuelo encierra
los ojos de los hombres que en el sueño
viven; si oye la tierra
la cuita de su sueño
y ve su sangre huir en ciego empeño.

En vano arrasa el viento
la nieve que el silencio deposita
do nace el sentimiento,
si la terneza invita...
y el invierno la estrecha y la marchita.

¿Quién busca en la hermosura
del humano calor paz y sosiego,
si pronto el llanto apura
la angustia de su fuego
y en oscuro camino deja ciego?

¿Quién cifra su contento
en alta nube que el penar dilata,
si luego el turbio viento
en lluvia la desata
y la disuelve el cielo en niebla ingrata?

No siempre el llanto esconde
todo lo que dolor tiene asentado:
el trigo duerme adonde
el cierzo mira airado
y crece el sueño en lluvia sustentado.

Sólo la muerte cierra
los labios del que vive en cruel olvido,
que ni la noche encierra
su sueño adormecido
ni seca Amor el lloro del sentido.

De "Razón del Sueño".

VALS

Dentro, muy dentro,
donde no llegan miradas ni voces
y los secretos son nombres vacíos,
deshojados, sin alma;
donde crecen las rosas y los cactus
y sueñan las miradas en valses y miradas;
donde brilla una luna silenciosa,
un arpa solitaria sin cuerdas ni palabras.
Dentro, muy dentro,
donde se han recluído violetas y lirios
perseguidos por las sombras de la noche,
donde el alba es un ave que viaja en largos trineos
y el sueño es un jardín de nieve y de silencio.
Dentro, muy dentro,
florece a veces un vals,
un vals amargo y lento,
un vals de adolescencia y niebla,
un vals de arena y muselina
como un dolor callado de violines y recuerdos.

Un vals que llega lento hasta mis labios,
da voz al viento y al silencio
y deja en mi frente el primer amanecer del sueño.
Un vals, un vals que llevo dormido entre cenizas
como lento suicidio de palomas,
un vals que guardo quedamente en mis pupilas
como lluvia de sueños escondida
entre la nieve eterna de mis sienes.

Ibídem.

DOS CANCIONES

III

TABACHIN

(Olvido)

Sueña el árbol y en su anhelo
de ser flor deja olvidadas
sus hojas que caen calladas,
verde sombra bajo el cielo.
Mas olvido que ese vuelo
—ciego de luz y colores—
como el amor en dolores
se deshoja en un momento...
Y al llegar, mortal, el viento,
queda sin sombra y sin flores.

V

ARRAYAN

(Canción del Amor Dolido)

Ni el aroma ni el sabor
pueden quitarle a la fruta
el ácido del dolor.

Un arrayán en mis labios
con ternura acaricié,
sentí el sabor y se fué,
quedando sólo resabios.
Si la crueldad es de fruta,
¿dónde hallar algo mejor?

Al arrayán ni el calor
de la caricia le quita
el ácido del dolor.

Un amor con gran empeño
en mis ojos fabriqué,
dejó el aroma y se fué
quedando tan sólo un sueño.

Si en el amor hay mentira,
¿dónde encontrar lo mejor?

Al arrayán y al amor
ni la ternura les quita
el ácido del dolor.

Ibídem.

AL PASADO

I

Todo lo hago pasado.
El mismo instante presente
en mi ceguera consciente
vivo aún, es ya olvidado.
Es que de vivir atado
al momento, siempre engaño,
prefiero sufrir el daño
al recordar mi espejismo:
que si el olvido es abismo
es más cruel el desengaño.

II

¡Cómo me duele el presente!
Aunque quisiera engañarlo
es espejo que al tocarlo
se me refleja consciente.

Por eso vivo, ya ausente,
en la niebla del pasado
y así en la sombra, cegado,
mis recuerdos acaricio:
que el pasado tiene el vicio
de ennoblecer lo olvidado.

Ibídem.

EN MEDIO DEL CAMINO DE LA VIDA

Nel mezzo dil cammin di nostra vita
me retrovai per una selva oscura

Dante Alighieri

En medio del camino de la vida
me encontré en una sima, haza oscura,
y temiendo que fuera mi clausura
quise volver a mi raíz perdida.

Recorriendo la senda ya vivida,
mi goce, mi espejismo, mi amargura,
hasta mi sueño fiel, mi sola usura,
encontré en el abismo de una herida.

Quizá tan sólo en la niñez afable
descubrí algo de Dios, o de la suerte,
porque al llegar sin fe a mi nacimiento

me perdí en un dolor más insondable:
¿era el partir un fin, raíz y muerte?
¡era el caos sin fin en que hoy me siento!

Ibídem.

MOISES MONTES

(1913)

CANTARO ROJO

Mientras voy caminando, se me
derrama el agua de mi cántaro.
¡Qué poca me queda para mi casa!

Tagore

Blanca, mi luna blanca,
limón en flor;
rojo, cántaro rojo,
mi corazón.

Llenito de agua me fuí
camino de la ilusión,
la iba regando, regando
en mi despreocupación.

Cuando retorné a mi casa
la risa se me quebró:
que de tanto irla regando
se me vació el corazón.

—Hijo, dame tantita agua.
—Madre, se me derramó.
—Así sucede, hijo mío,
así le pasa al amor.

—Vas regando por el mundo
gotas de tu corazón,
y cuando llegas a casa
el corazón se agotó.

¡Cántame, noche de luna!
Cántame aquella canción,
la del corazón que ha dado
gota por gota, su amor.

Blanca, mi luna blanca,
limón en flor;
rojo, cántaro rojo,
mi corazón...

De "Cántaro Rojo".

CAMINO DE MUCHAS LEGUAS

Para no volver a verte,
camino de muchas leguas,
despiertas en los palmares
y dormitas en la niebla.
Mis ojos, color de noche,
se enredan en las estrellas,
corazón, a golpes de agua,
está que rompe una queja:
cañaverales del río
florecidos de tormentas,
y todo se desbarata
camino de muchas leguas.

No sé qué tienen los puentes
porque en las noches se quejan:
algo ha de traer el agua
cuando suena,
algún dolor en la espalda
maltratada por las piedras,

pues no hace caso a las risas
que vienen de las praderas;
mas todo se desbarata
camino de muchas leguas.

Caminos de sol y muerte
por una fiebre de leguas;
hay una cruz en la esquina
para el que ya no regresa;
frente sonora de sueños
se queda por la ladera
con un grito de chacales
taladrando las orejas;
mas todo se desbarata
camino de muchas leguas.

Ibídem.

FACHADA

Una veleta.
La inquietud del viento la enloquece
y ella sola se enreda.

Una torre.
Una aguja bordando en el azul
una hebra de tierra.

Un reloj
que tiraniza los minutos
entre la pesadilla de su rueda.

Una cornisa
se ríe con dientes rojos de ladrillo
de las baldosas grises de la acera.

Una paloma
que le va a preguntar a la campana
cómo puede vivir allí tan sola.

Ibídem.

AMATISTAS

Con un sabor de orgullo se amorata la uva,
el jugo tiembla en óvalo y una gota se cuaja
en la risa morada del manojo
apretado en la parra,
en sus regazos grises los rayos de los soles
se entremezclan y arañan.

Las sartas de amatistas
brillaron en los brazos de las ramas
para el baile de otoño;
trigo en trigales, uvas en las parras,
bendiciones del sol hacia los cuatro rumbos
en los aires volando su dalmática.

Tan morada la uva
y tan llena de gracia,
los racimos parecen
acordes de sonata,
los trigales se tiran
como líneas de pauta,

y una canción enorme se despega del campo
con sus notas de uva y sus claves de parra
y trigales de oro que a lo lejos se juntan
en la línea infinita donde todo se abraza.

Ibídem.

LUIS NOYOLA VAZQUEZ

(1916)

SALMO DE CIELO Y TIERRA

I

Tuve sed y en el venero
viendo espejear una estrella
olvidé el agua por ella
y ahogué mi deseo primero.

¡Ya no quiero lo que quiero
desde que ante mí destella
la luz temblorosa y bella
del parpadeante lucero!

II

Pero al cabo de tierra es mi materia,
de la tierra en que quedan nuestros rastros,
y demorar miradas en los astros
es diferir un poco la miseria
de ser en nueva carne igual laceria.

III

Desasido de aquí, de tan lejano
que lancé mi conato al infinito,
es ya el ámbito usual en que me agito
sólo una vestidura de gusano.

Pero al menor reclamo de tu mano
regreso como el vástago contrito,
fiel a la pesantez de su delito
que es trascender las lindes de lo humano.

De la revista "Aula",
S. L. P., No. 2, VII-VIII-1942.

ESTANCIAS

Al apagar las notas su armonía
queda el eco vibrando en el oído:
la violeta en el aire diluído
deja su aroma cuando la agonía.

La dulce rosa forma al deshojarse
un supremo sudario al ser amado
y tu imagen persiste sin borrarse
cuando tú ya no te hallas a mi lado.

Del periódico "Bohemia",
S. L. P., No. 3, II-1943.

DOS DECIMAS DE AUSENCIA

1

No sé cuál es más tormento
ahora que te perdí
si el estar pensando en ti
o negarte al pensamiento.
Porque cuando menos siento
que estás distante y perdida,
la memoria empedernida
te reconstruye tangible
dentro de un mundo invisible
en el que estás retenida.

2

Quien sufre del mal de ausencia
pena un dolor menos vivo
que aquel que vive cautivo
en la red de una presencia
que obsede con su insistencia

aun los ricones del sueño,
sin que un resquicio pequeño
la evasión le facilite
como no la solicite
a la muerte, final dueño.

De "Cancel".

MORTUORIA

En la obstinada ceguedad de un beso
quiero cerrar mis ojos a la vida,
contemplándote, muerte, repetida
en mi espejo interior. Tu perfil preso,

en angustiada soledad obseso,
concretará su forma desvaída.
Y el minuto anterior a la partida
será la pauta fiel de mi regreso.

Retornaré a las horas inciales,
y en rápida vivencia del pasado,
disuelta sangre y concentradas sales

me dejarán su gusto acibarado:
sal del bautismo, sal de lacrimales,
acíbar de lo visto y lo pensado.

Ibídem.

MANUEL CALVILLO

(1918)

DEL AMOR HALLADO

Ponme como un sello sobre tu corazón,
como una marca sobre tu brazo.

Cant., VIII, 6.

1

De tus lazos, Amor, estoy ceñido,
y angustiado de júbilo.

La virtud remozada del instante
se da a mi voz en soledad.

¡Amor, oh claro Amor sin límites
y de cálidas manos presentidas,
estoy en ti y en tu profunda música!

Intenso, los orígenes asciendes
de tu llama perfecta.

Y cultivas los labios
de una voz imprevista y subyugada.

¡Ah, tu afluencia indecible!

Mis palabras te velan.

2

Asumiendo lo frágil de la luz
cruzas mi voz nocturna.

Desmedida de ensueños y miradas de encuentro,
sobre la ausencia, tú, íntima, mía.

Diáfana en la distancia, un resto de silencio
rezumando ternura te colmará los labios.

Y estás en mí, como un antiguo aroma
esperado y sabido.

Esta presencia nuestra, ineludible,
que anula las palabras inútiles, ligándonos.

¡Amor, súbito y claro Amor,
llévame en ti, vivo, perpetuo!

¡De tus lazos, Amor, estoy ceñido
y en tus vívidas manos de presagios!

De la revista "Tierra Nueva",
Méx., Nos. 4 y 5, VI a IX - 1940.

ELEGIA DE TI

De jóvenes presencias destruídas
y de silencio claro y extrañeza
llevas solas tus manos, de tibieza
y vírgenes palabras esparcidas.

Un comienzo de angustia y de terneza
y de sumisas lágrimas huídas
cava en mi soledad voces crecidas
y acendra y perpetúa tu viveza.

Aludiéndote, Amor, más silenciosas
vuelven las voces a poblar el día,
ciegas de tus miradas espaciosas,

vivas de tu palabra, muda, breve.
Entonces, cuando tú, yo no sabía
ceñirme a tu silencio grave y leve.

Ibídem.

De
CINCO VARIACIONES EN TIEMPOS DE AMOR

Sobre las montañas de los aromas.

Cant., VIII, 14.

3

Aún llevan los ojos los nombres del camino,
y su perfil azul, y el huir de los árboles.
El viento acumulaba distancias y las nubes
se daban al paisaje desprendidas.
Apresuró la lluvia su frescura horizonte
y tenía mis labios al riesgo de tu nombre
acallado de gozo.

Ya el otoño levanta su cosecha de aromas,
mi soledad de luz tu signo de alegría,
la tibieza nocturna que en tus labios
a mi regreso enmudeció.
¡Qué música tan nuestra la de entonces,
se nos volvió silencio para guardar el gozo!

Tus últimas palabras anudan débilmente
la frase del poema, y yo te amo
cuando el paisaje crece
a miradas de pájaros veloces.

b.—

¡Si tú, amor, me sabías destinado a tu júbilo
y cumplida mi voz a tu sola presencia!

Yo te invito, ya unidos, al paisaje,
¡espérame en los ojos como siempre!

Iremos a acrecer el gusto de otra lluvia
y a saborear el don de las manzanas verdes.
A volver, ya de siempre, a nosotros.

Cazar higos maduros en las ramas tupidas
y mojarnos las manos para calmar la sed.

Simular fugas imprevistas,
y dibujar los labios de sorpresa.

Asaltada la noche, ocultar las pisadas
y el designio viajero, entusiasta y salobre.

Bordear el mar de huellas ágiles
ya cuando el alba anuncie sus gaviotas lejanas.

Y jugando en el agua entumecida
olvidar las miradas y los brazos al viento
al huir de tus hombros las últimas estrellas.

¡Amor, si tú me sabes destinado a tu júbilo!

4

Cuando la lluvia tiene
casi de mí la voz no reprimida
y mi ausencia mantiene
de ti, amor, tan ceñida
y te digo en la lluvia anochecida:

y cuando el viento lleva
el color de tu nombre, la mirada,
y en tus labios atreva
como cosa esperada
a decir en silencio mi llamada:

tu virtud estival
cómplice de mi voz que aún presiento
como hallazgo frutal
en racimos del viento
dará, fértil amor, mi claro acento.

Y si el saberte alcanza
a volver de silencio, nube y juego
nuestra joven alianza
y el gozo en el que llego
a este instante ya mío en que me anego;

hoy desde ti, tan viva,
en el viento y la lluvia inaplazable
a tu angustia cautiva,

tu promesa entrañable
se te pierde en el sueño intransitable.

¡Yo te sé silenciosa!
sitiada de mi voz y desmedida,
¡yo te sé silenciosa!
de tan leve encendida
y tu piel de viveza ensombrecida.

¡Ah nocturna del canto!
se te duelen los labios y de ausente
ese saberme tanto
tan silenciosamente
ya te entregó, tan mía, dulcemente.

De la revista "Abside",
Méx., No. V-3, 1941.

NO CALLO AHORA, NO...

No callo ahora, no,
hacia esta misma noche que tú velas:
afuera, honda, sonando
oyes batir el agua inmensamente
sin otro sueño que tu sueño,
tu viveza y tus ojos.
Mas yo sigo en la tierra,
a su desnudo amparo sometido,
cumpliendo esta alegría de esperarte,
¿como el otoño al trigo, inútilmente?
o tal vez
como se espera una agua si ha brotado.
Y va surgiendo el mar, la tierra, todo
lo que en la noche crece
sobre piedras caídas, sobre montes,
sobre la arena tibia de la costa.
No obstante hay algo, antiguamente mío,
que fué llegando y llega sin memoria,
con preguntas tan sólo que yo guardo.

¿En qué silencio irán tus ojos
conduciendo las voces
de este clima invasor hasta tu nombre?

Y puedes levantar el rostro,
callar, así enmudece lo que miras;
después, quizá hablarme de ti
y preservar el diálogo
en tus manos livianas como espigas.
Eres al viento dilatado,
al mar lejano y tuyo en esta hora,
a una sal redimida por tu cuerpo,
como a la tierra yo, mi sangre,
y tu ademán futuro
a esto que es vida y solamente vida,
a mis brazos vivientes,
a mi destino y su rebelde acoso,
a mi ternura de hombre.
¿Evitarás, huyendo, la certeza
de tu voz encontrada,
lo que poseo de ti de angustia y gozo?

La tierra, sola, mía,
se abre a tus pies y hacia mi pecho
como esperando, en siempre, tu presencia.
Nada habita en la tierra sin tu nombre.

Y estoy hablando tal
si yo hubiese nacido en este día,
como si tú escucharas, sigilosa
en la quietud del aire, estas palabras.

De la revista "Abside",
Méx., No. VI-4, 1942.

JOSE JAYME

(1918-1949)

Del libro
HORA Y MUERTE

5

Muerte: tu aciago luminar me lía
con zarzales de lumbre legendaria
y tu dogma revive en mis arterias
alabados de trópico y tormenta.

Tu nombre agazapado entre guadañas
lo aprendo a deletrear y se me escapa
como agua que huye de la lluvia
para asediar la rosa enamorada.

Mi carne quiere tu altitud y sueña
desertar del confín de su tristeza
por transitar en mística odisea
la senda de tu mal o tu ventura.

Pero quiero inventar no tu poesía
que embalsama de lágrimas la herida
con un dulce arrebol de luna plena
sino tu suerte trágica que ondea
por encima de un mar de sangre ilesa.

Clamor de ti mi soledad alarma
y te busco mintiéndole a la angustia
por cumplirte el albur de una esperanza.

9

Tengo una sed solemne
que me naufraga el alma.

Por bien o mal de mi vida
siento que un fuego me ronda.

Obsesión de tierra y mármol
medita en mi cabecera.

Y un pensamiento me enseña
el signo que ha de abrigarme.

10

En los telones del aire
la noche dibuja un gato.

Dos estrellas y un suspiro
decoran la tierra negra.

Con presagios y mentiras
el miedo afila cuchillos.

En el huerto de los cielos
florece blanca la luna.

La sirena de la fuente
teje cascadas de plata.

Las casas junto a los templos:
gardenias crucificadas.

El sueño de los gusanos
hace ronda la seda.

Y en el balcón de la noche
la muerte besa al misterio.

14

Adiós dice mi boca
con mi voz de mañana
cuando no sea más que una rosa
caída del árbol
del tiempo
He de volver
a esta tierra que pudo hacerme eterno
mas no con el gesto del que busca
una salida limpia
para librar su desnudez del fango
que amasa la perfidia
sino con el gozo
de la última actitud habida
Odio en los puños
virtud en el alma
todo será una leyenda
una gran lentitud sellada
con el negro lacre del misterio
un reflejo
que no encuentra espejos liras

ni perfiles de hazaña
Regresaré
en el cantar de la tierra
en el cantar del agua
en el cantar del fuego
en el cantar del aire
cuatro veces Yo para la vida
ya sin pasado ni futuro ¡libre!
sin mi celda de tiempo en el presente.

15

La muerte es la más alta armonía
algo que deshace y reconstruye
en alianza
con todo lo bello y lo terrible
Es la realidad exacta
que va de la raíz hacia los frutos
presente ya en la vida que se anuncia
con temblores
de lágrimas
Mas he aquí que los hombres
se olvidan noche y día
y sus bocas profieren: muerte
como quien dice: luna
Entre sus sombras la sombra
echa sus redes
mientras ellos cuentan lo que de mentira ganan
en vez de contar lo que de cierto pierden
¡Oh ruina oh destino oh amargura
de saber que nuestros huesos

simbolizarán después de esto
lo que fuimos
lo que ya no seremos
¡jamás!

FELIX DAUAJARE TORRES

(1920)

PREGUNTA

¿Por qué cuando te vas quiero que vuelvas
como ciego reflujo hacia la orilla,
descubriendo mi barco su alta quilla
para que en sales de tu mar la envuelvas?

¿Por qué temo el ambiente de tus selvas
como a redes de negra pesadilla,
gritando, si tu carne me acribilla,
que por la misma senda te devuelvas?

Lluvia me inunda cuando sed me falta;
agua no tengo si la sed me asalta.
Mientras vivo la muerte de tus brazos

su claro renacer de lumbre quiero,
y al sentirme en la vida de tus lazos
por alcanzar su muerte desespero.

Del libro "De tu Mar y mi Sueño".

ES UN PENSADO AMOR

Es un pensado amor y sin embargo
¡qué dura realidad tiene en mi entraña!
La linfa cerebral, lenta, lo baña,
dejándole a mi boca signo amargo.

Se apodera de mí cual sueño largo:
sin formas ni materia me acompaña
con su peso de nube o de montaña
que sublima el color de mi letargo.

¿Por qué si viene con pisadas de humo
ensordece la paz donde consumo
el minuto empapado de ceniza?

Tal vez por no tener ámbito ni hora,
en todos los espacios me esclaviza
y en todos los momentos me devora.

Ibídem.

VIACRUCIS INTIMO

Llegó cuando la tarde violeta descendía
de la cruz del poniente como Cristo puntual.
A su rostro verónico mi corazón cubría,
punzándome sus ojos con lanzada cordial.

Un amago de adioses en su voz intuía
coronando mi frente con espinas de sal.
¡Y pensar que es tan larga la Dolorosa Vía
donde expiaremos siempre todo erótico mal!

Iniciaba la senda de su trágico aroma
una fuga tan suave como pies de paloma
que trocara en viacrucis mi deleite pagano.

Sólo dejó en memoria de su fugaz arribo
una lluvia de espigas en mi sedienta mano,
de la reserva intacta de su cabello esquivo.

Ibídem.

TARDE LLUVIOSA

Un viento humedecido con lágrimas de ausencia
empaña los cristales de tu visión remota,
y un reloj, impasible, sobre el cuadrante anota
las infinitas horas de mi mortal dolencia.

El ambiente revive sin ninguna inlulgencia
una cruda tormenta que a mi espíritu azota.
Soy bajel que en las ondas de tu recuerdo flota
en vísperas de hundirse si persiste la ausencia.

Como abierto camino, tiempo y lluvia conducen
al idioma confuso que mis penas traducen.
Llora sílabas blancas el paisaje indeciso

insinuando palabras de continuo renombre,
y mi dolor repite, cual escolar sumiso,
las páginas amargas que me enseña tu nombre.

Ibídem.

ARRIBO

Llegaste, inesperada, a mi playa desierta
con los cansados remos de una nave indecisa.
Un augurio frecuente de perfumada brisa
me predijo los vasos de tu fragancia abierta.

He buscado tu signo con la fe descubierta
de la luz de mi faro que la sombra esclaviza,
y tal vez al conjuro de tu verde sonrisa
mi ansiedad en amable laxitud se convierta.

Cuando avive mi pulso tu salobre contorno,
incendiaré tus velas evitando el retorno
que privara a mis labios de tu marina fuente.

Quiero guardar tu cuerpo en mi arena segura,
y afirmando renuncias de esperanza futura,
apagaré mi fuego definitivamente.

Ibídem.

JOSE LASTRAS RAMIREZ

(1920-1948)

FRAY DIEGO DE LA MAGDALENA

Por el dorso azul del monte
reverbera la silueta
de un eremita que avanza
anegado en luna llena.
Un crucifijo en los brazos
es su adarga en la pelea
y su símbolo, una blanca
y agrietada calavera.
Su figura borda sombras
entre la alunada arena,
su tosco sayal se mece
herido por las estrellas.
Sus pies van llorando sangre
y la dulce cantinela,
del pífano azul del viento
canta un himno en la maleza.
Errante va por la noche
próvida en grillos y estrellas
el estoico franciscano
Diego de la Magdalena.

Sus ojos negros se pierden
en la línea macilenta,
que en el horizonte apaco
marca el perfil de la sierra.
Con fe inquebrantable busca
las asoladas mesetas
del valle de Tangamanga,
la cuna de su epopeya.
Mas no ve sino despojos
incoherentes de la guerra,
blancos cráneos esparcidos
como lunas en la arena.
Largos huesos que en la noche
fosforescen como hogueras,
de una raza que vagando
quedó hecha luz en la arena.
Fueron soldados de Oñate,
fueron hombres de epopeya,
muertos por los pedernales
del salvaje chichimeca.
Ha despertado el silencio,
la aurora blanca clarea
y por el Oriente en sombras
desgarra la noche negra.
Por el valle solitario
ya se perfila la aldea,
los espectros de la sombra
están dejando la tierra.
y en las ondas del estanque
ya se ahogaron las estrellas.

—::—

Con seguro paso avanza
el fraile por las orillas
de un arroyuelo que gime
al pisar sus claras linfas.
Los estramonios cansados
sus flores blancas inclinan,
sobre el agua que las besa
y que al besarlas suspira.
Con la luz de la mañana
el fraile tardío camina,
internándose en el pueblo
para sembrar la semilla
evangélica de Cristo
en las tribus guachichiles.
Sus blandas pisadas rompen
las saetas cristalinas
del rocío que llora perlas
en las flores de artemisa.
En el encaje del bosque
da a conocer la doctrina,
la tizona inmaculada
con que él hace la conquista.
La que no han podido hacer
los leones de Castilla
con sus lunas de Toledo,
ni con sus flechas bruñidas
los halcones de Tenoch
de raza fuerte y altiva.

Sus pies descalzos recorren
pueblos de la selva umbría,
y las llagas de sus plantas
la sed de sangre mitigan
a la estepa, donde pone
afelpadas flores guindas,
tibios pétalos de lirio,
de amapola y clavellina.
Y cuando la noche cierra
su túnica con fatiga,
cuando las estrellas lucen
el cáliz de su ambrosía,
el fraile retorna al pueblo
lleno de cardos y heridas.
Por el cementerio en sombras
de abrojos y maravillas,
se oye el eco de sus pasos
al cavar la fosa umbría
para el cuerpo inanimado
del oscuro guachichile.

—::—

Herida de plenilunio
la tarde azul muere en bruma,
enmarcada en fondo gris
por el monte va la luna
reflejando en las ondinas
de las charcas, su blancura.

La jauría gime a lo lejos
desde las silentes tumbas,
y sus lúgubres aullidos
la paz del silencio enluta.
La muerte espía tras la celda
de Fray Diego que murmura
siete salmos celestiales
sumergido en la penumbra.
Sus párpados entornados
lloran gotas de amargura,
que ruedan como diamantes
sobre sus manos desnudas.
Ya sus ojos se han cerrado,
murió su oración convulsa,
las estrellas amortajan
con marfil su faz adusta,
Ya cesaron los aullidos
y por el monte la luna,
llora lágrimas de nácar
maculadas de penumbra.

Del folleto "La Fundación de San Luis Potosí. Datos Históricos que la determinan", S. L. P., 1942.

JUNIO

Junio, en ti ha germinado una delicia.
Sobre el arco triunfal de tus minutos
me asomé a sus jardines impolutos
y me anegué con su primer caricia.

Me extasié con el brillo de sus frutos:
racimos de color cuya primicia
triunfó sobre la diáfana impudicia
de un cielo sin crespones y sin lutos.

Llegó tal como tú, con la blancura
de mayo trascendiendo en las mejillas,
y tú la maduraste, suave junio,

entre la grata y terrenal frescura
de tus campos de mieses amarillas
y tus rayos de claro plenilunio.

Primera publicación.

CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS DE SAN LUIS POTOSÍ A.C.

JESUS MEDINA ROMERO

(1921)

DECIMAS DE LOS SENTIDOS

Ver el iris que al espacio
semicircula de luces
cromáticas, y las cruces
estelares de topacio.
Mirar en el aire lacio
dilatada transparencia,
y esperar que en esta ausencia
poblada de ansias febriles
amanezcan los perfiles
azules de tu presencia.

Oír el sonado viento
de los álamos fluviales
y los tumbos espirales
del mar contra el firmamento.
Escuchar el verde acento
de la fronda pajarera,

y soñar con la parlera
cascada que cristaliza
en la matutina risa
de tu voz cascabelera.

Oler los hervores puros
de la tierra tras la lluvia,
la estival esfera rubia
de los membrillos maduros.
Aspirar de los oscuros
cedros el ámbar herido,
y notar que se han vertido
los aromas del paisaje
en el mínimo boscaje
de tu pelo florecido.

Gustar el agua serrana
que amanece como almíbar,
el hilo cruel del acíbar,
la carne de la manzana.
Beber la fruta que mana
las acideces del vino,
y quedar con el salino
regusto de tus sabores,
brotados de los albores
de tu cuerpo submarino.

Tocar las rosas que crecen
entre su ritmo de espinas

y las nieves opalinas
que las yemas entumecen.
Palpar las redes que mecen
en la espuma su aspereza,
y lograr la alta sorpresa
de que en el cauce olvidado
del tacto desamparado
quede tu figura presa.

De "Poemas Terrenales".

ELEGIA DEL 2 DE NOVIEMBRE

Día de los muertos —noche—,
pensando en ella —viva—.

Cuando el agua más viva de tu voz
moje el cristal de mi silencio amargo
y su acento estremezca
las vírgenes corolas de estas flores tardías
haciendo que las gotas
que humedecen el tiempo de sus cálices
caigan lo mismo que una lluvia mínima
sobre la tierra firme,
sobre la tierra dulce
de donde vine y hacia donde iré;
cuando la sombra errátil, intangible,
de tus miradas ciertas,
cuando el color de noche constelada
de tus miradas cósmicas
perfilen de reflejos
la soledad concreta de mis manos,
mis manos advertidas
en la penumbra de tus ojos graves;
cuando las plantas tuyas
pisen la arena gris y abandonada

de este huerto sin vida
a donde las ausencias de los pájaros
no tuvieron retorno,
y tus pies que no pesan sobre sus pasos idos
hagan crujir y animen
el descanso caído de las hojas,
las hojas mustias de mi primavera,
la primavera mía
pródiga al abandono de sus rosas exactas;
cuando tu cabellera tenebrosa
como una malla oculta de gemidos,
como un gajo de sombra atormentada
donde dijeron nardos y jazmines el turbio
sollozo vegetal de su aroma tronchado,
la flor martirizada de sus luceros limpios,
se desate en silencio sobre esta soledad
y tus cabellos sean como hilos balsámicos
que sequen la amargura derramada
de las terrenas fuentes
de mis heridas puras;
cuando por el camino donde vayas
presientas el desmayo de la luna caliza
alargando las sombras de los árboles
y tornando de fósforo las piedras
como mis huesos sin materia mórbida,
y sola te des cuenta de la inutilidad
abierta y dolorosa de mis miembros;
cuando mi nombre vivo, para ti impronunciable,
lo sature tu lengua por decirlo
atormentadamente

entre el filo nevado de tus dientes intactos,
y el signo doloroso que me denuncia a ti
salga del calor suave de tu aliento frutal
a morir como voz incontestada
en el oscuro frío de la noche suspensa,
entonces sí, entonces
sabrás aquellas cosas que no supiste antes;
pero ya no seremos de la misma sustancia:
yo ya no tendré forma, pero estaré presente
lloviendo en el vapor de mis cenizas,
oliendo a rosas secas en las rachas del aire,
sabiendo a sal disuelta en las brisas nocturnas;
estaré tan ausente como después de mi éxodo
y tan inmaterial como antes de mi sitio
en la luz del presente,
mientras que tú continuarás idéntica,
compacta como siempre para esquivar lo abstracto,
cruel e inacabable
para los otros seres inferiores
que a ti llegaron sólo para hallar lo infinito;
entonces sí, entonces
quizás estés erguida sobre mi forma muerta,
quizás tu peso crezca sobre mi corazón
como sembrando sus raíces agrias
en mi carne dispersa,
como un tallo de rosas llovedizas

de su luz sin espinas sobre el silencio claro
de mi cuerpo sin sombra;
mas será todo inútil, porque en los días que falten
no llenaré ya espacio para subir al tiempo.

De "Cuatro Elegías
para llorar tu Amor".

SONETO MATUTINO

La noche de quietudes aldeanas
desdibujó su sombra en los caminos,
y sembraron los aires campesinos
de violetas azules las campanas.

Un lamento de norias hortelanas
desmañanóse al son de los molinos,
y la mano del sol colgó los finos
encajes de la luz en tus ventanas.

Un aroma redondo de ciruelas
y claveles labiales, esparcieron
las errátiles gasas de la brisa;

la galera solar izó las velas,
y en los álamos verdes se rompieron
los plateados cristales de tu risa.

De "Sonetos de Amor Integral".

OTRA VEZ EL AMOR...

Otra vez el amor,
como secreto musgo,
invadióme las grietas
del corazón oscuro.
¿Cómo será la rosa
que se abra en sus surcos?
Siento que por los cauces
arteriales del pulso
va verliéndose el agua
de un íntimo diluvio,
que inunda las raíces
nerviosas del arbusto
que a flor de piel enciende
sus apretados frutos,
para las leves alas
de unas manos que intuyo
como espigas que aprontan
la mies en granos rubios;
para el líquido beso

de unos labios maduros
que destilan sus mieles
como fresas de junio;
para el curvado cielo
de unos ojos nocturnos
que se pueblan de pájaros
como valles fecundos.
Eres tú la que espero
en el umbral del júbilo;
has de llegar a mí
por canales ocultos
a verdecer mi tallo
como el agua a los juncos.
Cuando vengas a darme
el gozoso minuto
y la red de mi tacto
te aprisione en sus nudos,
correré los cerrojos
de mi agreste refugio
para quedar contigo
sin memoria del mundo.

De la revista "Estilo", S. L. P.,
No. 18, IV-VI-1951.

JOAQUIN ANTONIO PEÑALOSA

(1922)

MEDITACION A LAS MARIPOSAS SOBRE LA MUERTE

Considera, hermana, que morir tenemos:
las mariposas mueren en el viento.

Candil del parque, ya sin luz y fuerza,
fragmento oscuro de apagada estrella.

¡Oh rosa trampolín en donde toman
su fuga de alas duplicadas rosas!

¡Oh carne azul de flores engendrada!
¡Oh aceite, oh fuego, oh lámpara!

Angel sin idea, pájaro sin palabra,
avión con vida, crisantema con alas.

Como el cartujo, cava tu sepultura
en el rincón de brisa donde Dios se perfuma.

La mariposa es irse, deshacerse;
polvo de oro, recuerda que polvo eres.

Por eso, si mortal, no mates ansias
del niño que te aviva entre las ramas.

Ni codicies la miel de los geranios,
pétalo al fin con alfiler clavado.

La vida es vuelo, y tras el vuelo comienza.
¿No hay camposantos de mariposas muertas?

Acaso algún poeta se llevará tus alas
como señal de libro o de esperanza.

Acaso entre dos álamos la muerte,
¡oh color y suspiro!, te nos lleve.

Te envolverá la sábana del cielo,
te encerrará la caja azul del viento.

¡Oh incensario, oh sol, oh reloj trémulo!
Considera, hermana, que morir tenemos...

De "Ejercicios para
las Bestezuelas de Dios".

SERMON A LOS PECES

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En el nombre del Padre, que es vuestro Criador:
de Rafael Arcángel, viajero y pescador,

santígüense las frentes, oigan con atención,
redondo el ojo quieto, quietud del corazón.

Era el mar tronco de agua sin racimos de fruta,
un ángel navegaba mar virgen de una ruta,

y Dios llenó la cesta de peces y corales,
la espuma se mecía de árboles frutales.

Diluvio de castigo y ustedes perdonados:
el arca de los peces: los mares no domados.

Submarino de lujo, la ballena nadaba;
adentro, sin ventanas, el Profeta cantaba.

Jesús entre las aguas sus ahorros tenía,
la moneda del censo del pescado alcancía.

Tiburones voraces y engañosos anzuelos,
sólo es para los pobres el Reino de los cielos.

El mar tiene demonios con figura de harpones;
por Antonio de Padua, venced las tentaciones.

Mejor departamento, oh párvula sardina,
es tu rincón salado que la dulce piscina.

No por curioso salgas, charal, a ver la tierra;
la tierra te aprisiona, el mar nunca te encierra.

Con las espinas dentro, los pescados son rosas,
natación de granates y de piedras preciosas.

¡Oh pez, barca y remero, busca tu paraíso
pequeño y cristalino que el Génesis te hizo!

Y si acaso la muerte... ¿A tus islas vendría?
Que Dios rompa la cuerda de tu juguetería.

Oh pez nacido y muerto por Cristo Pescador,
¡qué vivir escondido! ¡qué morir sin dolor!

Ibídem.

CONSOLACION POR EL ASNO MUERTO

No era la leña, ni el carbón, ni una carga de rosas:
era la muerte sobre su espalda sola.

Venía por el camino bebiéndose la luna,
por sus ojos pasaba una alameda oscura,
¡era la carga última!

El burro se murió, me lo dijeron ellos:
los niños, los suspiros y los besos.

Trajeron el alcohol, corrieron por el médico:
el corazón soñaba, dijeron que había muerto.

Dormido en yerba seca, dejádmelo en la yerba
sin epitafio vano, ni entierro de primera.

Que los pájaros verdes que trepaban su cuello
lo miren tan dormido, que lo sigan durmiendo.

Que el sol seque su carne y que la azote el viento:
ramas tronchadas —los deshabitados huesos—
de un árbol blanco y viejo.

Y que nadie pregunte si murió de vejez o de pena,
ni reciban coronas, ni repartan esquelas.
Basta para morir una cruz y una estrella.

Por el burrito blanco de las Nueve Posadas,
por el burrito negro del Domingo de Palmas,

que los arrieros vayan a ensillar una estrella.
¡Dejádmelo que muera!

¡Ay, cómo nos pesa el misterio a las espaldas!
¡Somos leña de muerte y con la vida a cargas!

Nos reclama la tierra.
¡Dejádmelo que muera!

Y atemos sólo un llanto pequeño a sus orejas:
del polvo muerto nacerá la primavera.

Ibídem.

MARIA AMPARO DAVILA

(1923)

ELEGIA FRENTE AL MAR

—La luna, caída sobre el mar,
es como un lento naufragio
de blancos pétalos;
en vasta soledad, la playa,
es una quéja muda de nocturna ausencia—.

Mírame aquí, frente al mar,
vacías las manos de perlas y corales,
guardadas las redes, recogidas las velas;
mis pies viajeros
han anclado para siempre
en esta playa dolorosa:
estoy cansada y sola
como las islas perdidas,
como una voz en el viento derramada,
inmersa en náutica tristeza
de perla humedecida.
Un faro sin luz gime a lo lejos
ciego como un buzo a mitad de la noche

rodeado de escolleras hostiles
y arrecifes fantasmas.

Mírame aquí, frente al mar,
gritando sin gritar
esta angustia lenta,
esta oceánica tristeza
de caracol nocturno,
este dolor de ola solitaria,
este marino cansancio
de agobiados mástiles
y fatigados remos.

Como el mar, tú me invadiste,
y yo fuí playa dócil
a la tibia caricia de tus olas;
por ti aprendí los signos del silencio
y su larga cadena de pausas lentas,
mientras tus manos trazaban mapas
sobre la red sumisa
de mis cabellos extendidos.

Mírame aquí, frente al mar,
mínima y sola,
rodeada de brisas ensombrecidas
y de espumas rotas;
hay niebla en el mar
y yo sollozo, un llanto seco, estéril,
de atormentadas arenas
y resacas amargas y salobres.

Ni remos, ni velas, ni gaviotas...
Una quietud de alas
me invade de pronto:
el corazón, pájaro de fuego,
ha cerrado sus alas
en esta playa dolorosa,
sumida en vasta soledad
como una queja muda de nocturna ausencia,
mientras la luna, caída sobre el mar,
es como un lento naufragio
de blancos pétalos...

Versión proporcionada por la autora.

JOSE C. ROSAS CANSINO

(1926)

PREGUNTA BLANCA

Se ha roto entre mis ojos
la luz de las auroras
al deshojarse leve
la selva de las sombras.

El tiempo desdibuja
la esencia de las cosas;
del polvo de la nada
y el agua de las horas
modela a la existencia
el sueño de otras formas
que se abren a la vida
en flor de mariposas.

¿Sabrán que son el eco
de otra presencia rota
perdida en el misterio
del ser que se deshoja?

Tiempo, existencia, muerte,
palabras incoloras
que sueñan con la breve
definición de alondras
del ser que nos abarca
y el ser que nos traiciona.

¿Será que sólo somos
un rumbo entre las horas
por donde pasa leve
la ausencia de las cosas?

De la revista "Cuadrante",
S. L. P., No. 2, Otoño-1952.

NOCTURNO

De cara al infinito
se abrieron los ensueños
y en hiedras de vigilia
con pétalos de anhelo
sus cruces deshojadas
se enclavan a mi huerto
sangrando de amapolas
la huella del recuerdo.

Embalsamé de lunas
mis blancos pensamientos
por descifrar las sombras
que empolvan a mis muertos
y curvan su pregunta
con puntos de luceros
que alargan las pupilas
de insomnios indiscretos.

¿Se quedarán vacíos,
sin horizontes nuevos,

como una trayectoria
de girasoles negros
que sólo aprisionaron
astillas de silencio
que trémulas esconden
sus luces de misterio?

Me espanta el infinito
que sueñan mis ensueños
cuando la noche grita
la angustia de los perros
y las horas dialogan
su rezo de recuerdos.

Ibídem.

NOTAS

ACOSTA, HOMERO. Villa Terrazas, S. L. P., 20 de febrero de 1901. Sus obras en verso publicadas son: "La Canción Olvidada", México, 1947; "El Poema a la Amada", México, sin año de publicación.

ALBA, JUAN DE. San Luis Potosí, S. L. P., 9 de marzo de 1910. Ha publicado los siguientes libros de poesía: "Dios Existe", México, 1947; "Elegía a un Gran Poeta Equívoco", México, 1948.

ALVAREZ ACOSTA, MIGUEL. San Luis Potosí, S. L. P., 29 de septiembre de 1907. Son sus obras poéticas publicadas: "Romances". San Luis Potosí, 1935; "Hogar Adentro", poema, San Antonio, 1940; "Nave de Rosas Antiguas", México, 1952.

BAEZ, EDMUNDO. Aguascalientes, Ags., 4 de agosto de 1913. Residió en San Luis durante los años de 1929 a 1932, tiempo del que data su iniciación en la poesía. Ha publicado un libro de poemas: "Razón del Sueño", México, 1949. Otros trabajos suyos aparecieron en las revistas mexicanas "Rueca" y "El Hijo Pródigo".

CALVILLO, MANUEL. San Luis Potosí, S. L. P., 29 de enero de 1918. Su labor poética está publicada en: "Estancia en la Voz", México, 1942, y en las revistas "Tierra Nueva", "Abside" y "Cuadernos Americanos", de México.

CASTRO LEAL, ANTONIO. San Luis Potosí, S. L. P., 2 de marzo de 1896. Sus poemas publicados se encuentran en "Las Cien Mejores Poesías Mexicanas Modernas", México, 1939, 2a. Ed., México, 1945, y en la revista mexicana "Occidente".

CASTRO Y LOPEZ, LUIS. San Luis Potosí, S. L. P., 25 de septiembre de 1889. Su obra poética está recogida en los siguientes libros y folletos: "Sangre Nueva", San Luis Potosí, 1912; "Víctima de su Culpa", drama en tres actos y en verso, México, 1916; "Obeliscos", México, 1917 ;"Cuauhtémoc", poema, México, 1917, 2a. ed., San Luis Potosí, 1936; "Medallones", San Luis Potosí, 1936; "Los Niños, las Flores y los Pájaros", poema, San Luis Potosí, 1936; "El Roble", poema, Aguascalientes, 1937; "Mi Tesoro de Amor", poema, San Luis Potosí, 1939; "Recitales Poéticos", San Luis Potosí, 1942; "Recitales Poéticos", San Luis Potosí, 1943, dos series; "Recitales Poéticos", San Luis Potosí, 1944; "Oro Viejo", San Luis Potosí, 1947; "Poesías Escogidas", San Luis Potosí, 1949; "Matehuala", poema, San Luis Potosí, 1951.

DAUAJARE TORRES, FELIX. San Luis Potosí, S. L. P., 8 de junio de 1920. Tiene un libro de poesía publicado: "De tu Mar y mi Sueño", San Luis Potosí, 1952.

DAVILA, MARIA AMPARO. Pinos, Zac., 21 de febrero de 1923. Reside en San Luis desde 1932. Su obra poética publicada está en: "Salmos Bajo la Luna", San Luis Potosí, 1950, y en las revistas "Estilo" y "Letras Potosinas", de San Luis.

GALLARDO DAVALOS, SALVADOR. Rioverde, S. L. P., 9 de julio de 1833. Son sus obras en verso publicadas: "El Pentagrama Eléctrico", Puebla, 1925; "9 Sonetos de Amor", Aguascalientes, 1949.

GUILLEN ZAPATA, GUILEBALDO. Cerritos, S. L. P., 22 de enero de 1913. Ha publicado los siguientes libros de poemas: "Ritmos Interiores", San Luis Potosí, 1945; "Mármoles y Bronces", San Luis Potosí, 1946; "Rojo... Blanco... Negro...", San Luis Potosí, 1946; "Sonetos Bíblicos", San Luis Potosí, 1952.

JAYME, JOSE. Santa Isabel, Hda. de Coronado, Mpio. de Villa de Guadalupe, S. L. P., 5 de abril de 1918. ✠ San Luis Potosí, S. L. P., 3 de julio de 1949. Sus libros de poesía publicados son: "Cantos Arúspices", San Luis Potosí, 1943; "Hora y Muerte", San Luis Potosí, 1948; "Romances Bárbaros", San Luis Potosí, 1948; "Poemas Asimétricos", San Luis Potosí, 1950.

JOUBLANC RIVAS, LUCIANO. México, D. F., 21 de febrero de 1896. Residió en San Luis de 1916 a 1923. Sus obras poéticas publicadas son: "El Alma Trémula", San Luis Potosí, 1917; "De la Hermandad", en colaboración con Jesús Zavala y Manuel Ramírez Arriaga, San Luis Potosí, 1918.

LASTRAS RAMIREZ, JOSE. San Luis Potosí, S. L. P., 10 de diciembre de 1920. ✠ México, D. F., 7 de octubre de 1948. Además del soneto "Junio", que aparece en esta antología, sólo hay dos poemas suyos publicados: "Fray Diego de la Magdalena", en el folleto "La Fundación de San Luis Potosí. Datos históricos que la determinan", San Luis Potosí, 1942, y "Elegía del Recuerdo", en la revista "Cuadrante", San Luis Potosí, Invierno de 1953, No. 3.

MEDINA ROMERO, JESUS. Ibarra, Gto., 8 de enero de 1921. Reside en San Luis desde 1931. Su obra poética está contenida en los siguientes libros: "El Día Sonoro", San Luis Potosí, 1943; "Poemas Terrenales", San Luis Potosí, 1948; "Cuatro Elegías para llorar tu Amor", San Luis Potosí, 1950; "Sonetos de Amor Integral", San Luis Potosí, 1951.

MONTES, MOISES. San Ciro, S. L. P., 4 de de septiembre de 1913. Su libros en verso publicados son: "Cántaro Rojo", San Luis Potosí, 1947; "Tiempos del Verbo", San Luis Potosí, 1949; "Adivinanzas Catequísticas", San Luis Potosí, 1950.

NIÑO, JOSE ANTONIO. Matehuala, S. L. P., 18 de agosto de 1887. Tiene publicado un libro de poemas: "Ánfora", México, 1946, y otros trabajos en la revista "Estilo", de San Luis Potosí, y en varios números de "Letras Potosinas".

NOYOLA VAZQUEZ, LUIS. San Luis Potosí, S. L. P., 24 de agosto de 1916. Su Poesía está publicada en el libro "Cancel", México, 1946; en la revista "Aula", de San Luis Potosí, y en varios números de "Letras Potosinas".

PEÑALOSA, JOAQUIN ANTONIO. San Luis Potosí, S. L. P., 9 de enero de 1922. Recogen su obra poética: "Pájaros de la Tarde", San Luis Potosí, 1948; "Ejercicios para las Bestezuelas de Dios", México, 1951.

RAMIREZ ARRIAGA, MANUEL. San Luis Potosí, S. L. P., 16 de febrero de 1900. Su poesía está contenida en las publicaciones siguientes: "De la Hermandad", en colaboración con Luciano Joublanc Rivas y Jesús Zavala, San Luis Potosí, 1918; "Laudanza de Querétaro", poema, Querétaro, 1947; revista "Eurindia", de México, y en varios periódicos y revistas de la Capital y de esta ciudad, principalmente en "Letras Potosinas".

RODRIGUEZ ZERTUCHE, PEDRO. Parras, Coah., 15 de junio de 1913. Reside en San Luis desde 1935. Ha publicado poemas en las revistas locales "Bohemia", "Aula" y "Letras Potosinas".

ROSAS CANSINO, JOSE C. Charcas, S. L. P., 12 de agosto de 1926. Sus poemas publicados se encuentran en las siguientes revistas: "Estilo", "Letras Potosinas" y "Cuadrante", de San Luis Potosí.

VAZQUEZ, JORGE ADALBERTO. Alaquines, S. L. P., 8 de octubre de 1886. Son sus libros en verso publicados: "Rincón de Olvido", San Luis Potosí, 1912; "Senda Huraña", San Luis Potosí, 1917, con prólogo de Ramón López Velarde; "El Espíritu Intacto", México, 1923; "La Sombra Invisible", México, 1944; "Parva", México, 1945; "La Sed Inexhausta", México, 1947; "Arriba, Brillaba el Sol...", México, 1948.

ZAVALA, JESUS. San Luis Potosí, S. L. P., 19 de junio de 1892. Son sus obras poéticas publicadas: "Flores del Alba", San Luis Potosí, 1911; "Vendimia Juvenil", San Luis Potosí, 1917; "De la Hermandad",

en colaboración con Luciano Joublanc Rivas y Manuel Ramírez Arriaga, San Luis Potosí, 1918; "Jardines de Provincia", San Luis Potosí, 1919; "Las Voces del Organo", poema, San Luis Potosí, 1925. Su poesía de los últimos años la ha publicado en periódicos y revistas de la Capital y de San Luis, sobre todo en "Letras Potosinas".

INDICE

Págs.

ACOSTA, HOMERO, (1901):
Poema a la Amada 99

ALBA, JUAN DE, (1910):
Del poema Velada en las Sombras 121
Dobla el Misterio 122

ALVAREZ ACOSTA, MIGUEL, (1907):
Claridad de Tiempos Verdes 107
Fons Vitae 114

BAEZ, EDMUNDO, (1913):
Poema en Liras 139
Vals 141
Dos Canciones 143
Al Pasado 146
En medio del Camino de la Vida 148

CALVILLO, MANUEL, (1918):
Del Amor Hallado 169
Elegía de ti 172
De Cinco Variaciones en Tiempos de Amor 173
No Callo Ahora, no... 177

Págs.

CASTRO LEAL, ANTONIO, (1896):
Espinas 75
Dulce Canción 76
Espina 79

CASTRO Y LOPEZ, LUIS, (1889):
Del poema Los Niños, las Flores y los Pájaros 41

DAUAJARE TORRES, FELIX, (1920):
Pregunta 195
Es un Pensado Amor 196
Viacrucis Intimo 197
Tarde Lluviosa 198
Arribo 199

DAVILA, MARIA AMPARO, (1923):
Elegía Frente al Mar 231

GALLARDO, SALVADOR, (1893):
Cámara Obscura 61
Tres Sonetos de Amor 62

GUILLEN ZAPATA, GUILEBALDO, (1913):
Del poema Las Voces del Llano y la Montaña 127
Angustia 128

JAYME, JOSE, (1918-1949):
Del libro Hora y Muerte 183

JUOBLANC RIVAS, LUCIANO, (1896):
Una Queja en el Campo 67
He de Loarte, Amiga 69
No eres más que un Recuerdo 71

Págs.

LASTRAS RAMIREZ, JOSE, (1920):
Fray Diego de la Magdalena 203
Junio 208

MEDINA ROMERO, JESUS, (1921):
Décimas de los Sentidos 211
Elegía del 2 de Noviembre 214
Soneto Matutino 218
Otra vez el Amor... 219

MONTES, MOISES, (1913):
Cántaro Rojo 151
Camino de Muchas Leguas 153
Fachada 155
Amatistas 156

NIÑO, JOSE ANTONIO, (1837):
Alma Rosa 33

NOYOLA VAZQUEZ, LUIS, (1916):
Salmo de Cielo y Tierra 161
Estancias 163
Dos Décimas de Ausencia 164
Mortuoria 166

PAÑALOSA, JOAQUIN ANTONIO, (1922):
Meditación a las Mariposas sobre la Muerte 223
Sermón a los Peces 225
Consolación por el Asno Muerto 227

RAMIREZ ARRIAGA, MANUEL, (1900):
Los Caminos Vedados 83
Semblanza del Padre 87
Ayes y Glosa de Guadalupe Amor 92
La Dama de Negro 95

Págs.

RODRIGUEZ ZERTUCHE, PEDRO, (1913):
Geometría 131
Litorales de Angustia 134

ROSAS CANSINO, JOSE C., (1926):
Pregunta Blanca 237
Nocturno 239

VAZQUEZ, JORGE ADALBERTO, (1896):
La Hiedra 25
Alma en el Alba 27
Faunesca 28
Otra vez el Océano 29

ZAVALA, JESUS, (1892):
Mi Corazón... 51
El Arbol 52
Una voz Clara y Dulce... 53
El Caballo y la Montaña 54
Raya la Golondrina... 50

Por acuerdo del Sr. Dr. Manuel Nava Jr., Rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, este libro, primero de la "Biblioteca de Autores Potosinos", se imprimió, al cuidado de Jesús Medina Romero, en los Talleres Gráficos de la Editorial Universitaria, dándose fin a su impresión el 1º de julio de 1953, debiéndose la composición linotipográfica del estudio preliminar a una cortesía del Sr. Cnel. José García Valseca, y la viñeta de la portada a Luis Chessal.

CENTRO
DE
INVESTIGACIONES
HISTORICAS
DE
SAN LUIS POTOSI
A.C.

BIBLIOTECA DE AUTORES POTOSINOS

BAJO LA DIRECCION DE JESUS MEDINA ROMERO

CUATRO SIGLOS DE LITERATURA

PUBLICADO:

1.—ANTOLOGIA DE POETAS CONTEMPORANEOS: estudio, selección y notas de Jesús Medina Romero.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

EL
COLEGIO
DE
SAN LUIS, A.C.